

Vivamos de nuevo



FREDRIC MARCH

ANNA STEN

PTA,

SERIE "PASION"²

ediciones bistagne

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO - MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18841-Barcelona

Vivamos de nuevo

Magnífico asunto dramático

Basado en la novela de
TOLSTOI "RESURRECCIÓN"

Es una Producción de
SAMUEL GOLDWYN

Dirigida por
ROUBEN MAMOULIEN

Distribuida por
LOS ARTISTAS ASOCIADOS
Rambla Cataluña, 60 - 62 - BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

23 Octubre 1935

PRINCIPALES INTÉRPRETES:

ANNA STEN

FREDRIC MARCH

etc.

Vivamos de nuevo

Argumento de la película

EL ESTUDIANTE

—¡Katushaaa!... ¡Katushaaaa!...

A través de la gran llanura donde las sembradoras iban esparciendo el grano que la tierra había de fructificar la voz resonaba con lejanías de eco. Las sembradoras iban cantando a medida que cumplían la sabia labor de rociar la tierra del grano prometedor y generoso que había de devolverles el “ciento por uno” del Evangelio, y mientras cantaban parecía que la tarea era menos penosa para ellas y que la tierra, la santa tierra de Rusia, recibía con mayor placer la simiente para acogerla en su seno de madre.

—¡Eeeeeeeeh!...—replicó la voz de una de las sembradoras al oír pronunciar de lejos su nombre.

Y se detuvo en su labor, escrutó el horizonte para ver quién la llamaba y corrió hacia una mujer ya entrada en años, vestida con la sencillez de los siervos, que, colocándose las manos en torno a la boca para que le sirvieran de altavoz, gritaba a todo pulmón el nombre de Katusha.

—¿Has olvidado que llega hoy?—dijo la vieja a la chiquilla que se había parado a pocos pasos de ella con el saquito de la simiente al hombro, con el pañuelo blanco

sobre los cabellos de oro, anudado bajo la barbilla redonda y graciosa.

—¡Hoy!... No, si dijeron que llegaba mañana... Es mañana que él llega.

—No, no, es hoy y va a llegar en seguida. Y tú estás aquí sin arreglarte, sin estar pronta a recibir al príncipe, sin tener un don que ofrecerle. ¿Qué van a decir las señoras? Anda, corre, corre, ve a vestírte y a arreglar tu pelo. El príncipe va a llegar...

Pavlovna, la vieja criada de las viejas princesas, había pronunciado el título de príncipe con un énfasis y un respeto tan grandes que las mejillas de Katusha, coloreadas por la corrida que se había dado, por la emoción que le producía saber que él iba a llegar y por el ansia de estar ya preparada para cuando él llegara, se adornaron con dos graciosos hoyuelos al sonreír satisfecha ante aquel respeto de Pavlovna que era tan grande como el que ella misma sentía. El príncipe iba a llegar. Hacía ya algunos años que, siendo aún un niño, había partido para la ciudad para estudiar primero en la Universidad y luego entrar en la Academia Mili-

tar, donde, siguiendo la tradición familiar, tenía que seguir la carrera que le haría ponerse al servicio de los Zares. Ahora llegaba a casa de sus tías a descansar, aprovechando las vacaciones del verano, y todos los siervos, campesinos y criados se disponían a recibir a su señor con los honores que su alta dignidad merecía. Sólo Katusha no estaba arreglada para recibir a su señor. Y la chiquilla, recogiendo sus amplias faldas de campesina, echó a correr a través de la tierra recién arada con la agilidad de un gamo huyendo de los cazadores.

El príncipe Dimitri llegó. Le esperaban a la puerta de la mansión señorial y rica, sus dos tías María y Sonia y todos los siervos que allí habían acudido para rendir homenaje a su señor. Era costumbre ancestral hacer un don al señor de tierras y posesiones cuando se dignaba llegar hasta ellos, y aun los más miserables, los más humildes, aquellos que no tenían apenas un pedazo de pan para llevar a sus labios, acudían con un presente que dejaban a los pies del señor.

Dimitri, al bajar de la troika que le había llevado hasta la casa de sus tías, la casa en la que había

pasado los mejores años de su infancia, se arrojó en brazos de aquellas dos mujeres que le querían como a un hijo, pero que sabían guardar, aun en las grandes emociones, todo el protocolo de ceremonial debido a su alta estirpe. La expansión del muchacho les llenó de gozo interior, pero les pareció un poco extemporánea. Los campesinos no debían presenciar jamás aquellas escenas familiares que les hacían perder el respeto debido a sus amos.

—Dimitri Ivanovitch, los siervos quieren obsequiarte con sus dones —le dijo la tía María, reprimiendo el ansia que ella misma sentía de abrazar y besar a aquel que se había convertido en hombre durante los años de ausencia.

—¡Oh, gracias, gracias, muchas gracias! —murmuraba Dimitri tomando en sus manos lo que cada uno de los siervos iba poniendo en ellas.

Uno le ofrecía un jamón, otro una cesta de fruta, otro un cordeiro o un gorrino, otros grandes ristras de salchichas. Cada uno daba lo que tenía y Dimitri contemplaba todo aquello con ojos atónitos y la risa en los labios. Venía de la ciu-

dad y desconocía aquellas costumbres que ya se le habían olvidado de su imaginación de muchacho un poco aturdido y un poco loco.

—Vamos, Dimitri, el mayordomo acabará de recoger los dones de los siervos —dijo una de las tías que no quería prolongar más la escena para mostrar a sus vasallos que la superioridad de un príncipe está muy por encima de sus cabezas.

—Pero es que yo quiero darles las gracias personalmente —murmuró el muchacho que venía con ideas nuevas en el cerebro y que hubiera gustado de romper con todo el régimen protocolario.

—El mayordomo les dará las gracias en tu nombre—murmuró la vieja señora, muy rígida y estirada dentro de su vestido de seda que contrastaba con la miseria con que iban vestidas aquellas pobres gentes que se sacrificaban constantemente para dar a sus amos el fruto de su trabajo.

—No, no, quiero ser yo mismo el que les dé las gracias...—porfió el muchacho con vehemencia. Y dirigiéndose a aquella muchedumbre que se apiñaba en torno suyo, que permanecía a respetuosa distancia

sin atreverse a dar un paso hacia él, le gritó con energía y con entusiasmo—: ¡Gracias, amigos míos; gracias, hermanos!...

—Vamos, vamos, Dimitri... ¿qué modo es ése de hablar a los siervos? ¿Quieres que lo tomen en serio y que se consideren tus amigos, tus hermanos? No olvides tu estirpe, Dimitri.

—Pero, tía, todos somos iguales... —murmuró Dimitri entrando en la casa y deteniéndose ante una gentil muchachita que con un gorriño en los brazos se inclinó ante él con profunda reverencia, le entregó su don y le dijo con la voz velada por la emoción:

—Bienvenido, Dimitri Ivanovitch.

—¡Katusha!...—exclamó Dimitri con alegría mirando a la que había sido la compañera de sus juegos infantiles—. ¡No es posible!... ¡Katusha!... Pero si cuando me fuí eras una chavalilla de este tamaño... ¡Katusha!...

—Sí, ha crecido mucho —murmuró la tía Sonia mirando a Katusha con ojos de complacencia—. Es una muchacha muy formal y nosotras hacemos por ella cuanto podemos. Si sigue portándose bien

acabaremos adoptándola. Pero ahora no es más que una simple criada—concluyó diciendo para dar a entender al príncipe que no podía tener con Katusha tan espontáneas palabras.

—¡Katusha!—volvió a exclamar de nuevo Dimitri—. No creí encontrarte tan bella. Eres la verdadera mariposa que rompe su capullo y que sale de él cubierta de galas...

—Katusha —ordenó tía María con un tono severo en la voz—, ve a preparar el té.

—Sí, señora—dijo la muchacha inclinándose de nuevo y sin dejar de mirar al príncipe al que ella también encontraba hermoso por el tiempo y muy cambiado, muy cambiado...

—Dimitri, me parece que te olvidas con demasiada frecuencia de tu título de nobleza. No debes tratar a los siervos con tanta familiaridad. No somos iguales; somos dos clases distintas y hay que saber conservar siempre la distancia que media entre ellos y nosotros.

—Pero, tía, yo te digo que todos somos iguales.

—No digas locuras, Dimitri Ivanovitch...

—¿Qué es lo que nos diferencia a unos de otros? Sólo el traje. Si nos quitamos el traje y los oropeles que nos adornan a nosotros y los harapos con que ellos se visten, todos seremos iguales.

Las dos damas se miraron con rubor al escuchar aquellas palabras del joven y Dimitri se dió cuenta de que había dicho algo inconveniente. ¡Hablar de desnudeces ante dos damas como sus tías! El mismo sintió ruborizarse el rostro, bajó los ojos con ingenua expresión y preguntó, para dar un cambio rápido a la conversación:

—¿Encontraré agua caliente en mi cuarto?... Bajaré en seguida. Voy a bañarme.

Dimitri comenzó unas espléndidas vacaciones en casa de sus tías. El aire olía a primavera y a tierra fresca y pura. Sus pulmones se ensanchaban en aquel ambiente tan distinto al de la ciudad. La belleza de la campiña se apoderaba de su alma entusiasta y además estaba a su lado Katusha, Katusha con su belleza y su inocencia, su ingenuidad y su candor que le hacían sentir a él el gusto de la vida. Dimitri se encontraba en esa disposición de ánimo entusiasta y ardien-

te del que, por primera vez, reconoce por sí mismo toda la belleza y todo el precio de la vida. Buscaba a Katusha a todas horas y marchaba a encontrarla a los lugares más apartados donde ella estaba retenida por sus ocupaciones.

El príncipe traía de la ciudad ideas avanzadas. En la Academia Militar leía, a hurtadillas y sin que nadie pudiera sorprenderle, porque estaba severamente prohibido, libros de Spencer y de grandes pensadores revolucionarios. Ahora, en casa de sus tías leía un fascículo que había sido retirado por el gobierno del Zar, titulado "Patria y libertad", escrito por un gran patriota que sustentaba las ideas de igualdad y de fraternidad entre los humanos. En la santa Rusia de aquellos tiempos—mediados del siglo diez y nueve—las ideas igualitarias eran rudamente, severamente castigadas. Y "Patria y libertad", el libro de avanzadas teorías que clamaba contra el despotismo de los Zares y por la libertad del pueblo, había sido retirado de la venta y todos sus ejemplares quemados en una plaza pública. Sólo algunos clandestinos circulaban de mano en mano entre la juventud que sentía

hervir en sus venas la indignación de la injusticia y que comenzaba a despertar del largo letargo en que durante siglos y siglos le había tenido sumida en la ignorancia por el despotismo de las clases elevadas. Uno de esos ejemplares era el que tenía Dimitri y el que, a escondidas de sus viejas tías, devoraba con entusiasmo y con calor.

—Katusha—le decía a su amiga un día en que ella estaba ordeñando la vaca con mucha seriedad y atención, porque ponía el máximo cuidado en todas las tareas que se le confiaban a fin de que las princesas no tuvieran queja de ella, —todos los hombres somos iguales y día llegará en que entre tú y yo no haya diferencia alguna.

Alzó ella sus ojos ingenuos hasta el muchacho, con una expresión incomprensiva. No entendía la campesina lo que aquello quería decir. ¿Iguales ella, una pobre sierva, y él, un príncipe de alta alcurnia? ¡Jamás!...

—¿No me has entendido? —le preguntó Dimitri—. Atiende, yo te lo voy a explicar: ¿de quién es el aire que respiras?

—No sé—contestó ella con candor.

—¿De quién es el agua que bebes?

—¿El agua?... —preguntó Katusha haciendo un esfuerzo por reflexionar y poder contestar a las preguntas del príncipe—. ¿El agua?... ¡Del dueño del pozo!—exclamó, encontrando, por fin, la respuesta.

—No, mujer, no, no seas tonta. El aire que respiras ni el agua que corre por los ríos generosamente tienen dueño; son de todo el mundo y son iguales para todo el mundo; como es igual la tierra que pisamos y el cielo que nos cubre... Pues bien, Katusha, día llegará en que esa igualdad se extenderá a todas las cosas, porque todos somos hermanos y todos tenemos los mismos derechos y las mismas obligaciones para con nuestros hermanos.

Katusha no comprendía nada de todo aquello. Sus ojos grandes, oscuros, llenos de luz, miraban al príncipe con un candor infantil. Dimitri estaba empeñado en hacerle comprender.

—¡Levántate!—le ordenó.

Katusha se puso en pie prontamente intimidada por la voz de mando del príncipe.

—¡Dame un beso!... ¡Dame un

beso, he dicho!—volvió a ordenar severo.

Katusha se puso sobre la punta de sus pies, estiró mucho el cuello y alcanzó apenas a dar un beso en la barbilla del cadete.

—¿Lo comprendes ahora?—preguntó él.

Katusha hizo un gesto negativo sin dejar de mirar fijamente al muchacho.

—Yo te mando que me des un beso y tú tienes que dármelo porque yo soy el amo y tú la sierva. Yo tengo derecho a forzarte a ello, porque no somos iguales. ¿Y por qué no somos iguales? ¿Acaso valgo yo más que tú? ¡No!... Únicamente yo he tenido la fortuna de nacer de una familia poderosa y tú has nacido pobre y eres pobre, y nosotros, los ricos, tenemos todos los derechos sobre los pobres. Pero día llegará en que tú no tendrás que besarme a la fuerza, en que no te verás obligada a hacer una acción contra tu voluntad...—el joven hablaba con exaltación e iba alzando la voz hasta el punto que Katusha, pensando que la regañaba, se puso a llorar desconsoladamente y murmuró entre sollozos:

—Yo no le he besado a la fuerza, Dimitri Ivanovitch...

—Katusha... no llores... no llores—murmuró Dimitri acariciando la cabeza dorada de la niña, emocionado por aquellas lágrimas que él había provocado involuntariamente, mientras la besaba suavemente en la frente y las mejillas, sintiendo por primera vez el verdadero placer de una caricia suave hecha en un rostro femenino anegado de llanto—. Katusha, no llores... Eres muy bonita, muy bonita, pero no sabes nada de nada... Eres rematadamente tonta, Katusha...—y aquel calificativo, dicho con voz muy dulce y muy buena, sonó en los oídos de Katusha como una caricia más.

Desde aquel momento las relaciones entre Dimitri y Katusha tomaron un nuevo aspecto. Ya no eran los dos niños que se perseguían por el solo placer de correr y de mostrar su superioridad en el juego; ahora eran los jóvenes que despiertan a la vida del sentimiento y que se sienten atraídos el uno al otro sin perder nada de la inocencia natural de los años mozos. Para Dimitri todo adquiría una nueva luz; para Katusha todo pare-

cía nuevo. Eran felices, con la felicidad inconsciente de la juventud, con esa felicidad que sólo sabe apreciarse cuando, pasados los años, volviendo la vista atrás después de haber llorado mucho y de haber sufrido mucho, se siente la nostalgia del primer amor tierno e inocente que hizo despertar a la vida. El amor de Dimitri y Katusha era una cosa fresca y jugosa como la primavera que les rodeaba. Todo estaba florido en torno suyo y dentro de su corazón. Y aquel verano, lleno de juegos de niños y de caricias de amantes inexpertos, fué el verano maravilloso y bello que ya nunca Katusha podría olvidar.

El estudiante debía partir de nuevo para Moscú. Era preciso seguir sus estudios y terminar la carrera de militar para la que estaba destinado y para la que, según él afirmaba, no sentía vocación alguna. El hubiera querido ser un revolucionario, poner en práctica las ideas que había encontrado en aquellos libros leídos en la soledad de su dormitorio de estudiante o en los rincones más apartados del jardín de sus tías. Pero sus tías querían hacer del príncipe Dimitri Ivanovitch un digno descendiente de

sus gloriosos antepasados, y Dimitri tenía que partir.

El día antes de la partida los dos muchachos habían dado un paseo por el bosque y habían regresado juntos a la casa, pero antes de entrar en ella Katusha echó a correr, desapareció de la vista de Dimitri que la buscaba ansioso, y poco después volvía a correr ante él incitándole a que la alcanzara. Dimitri tenía las piernas fuertes y ágiles; pero Katusha era más ligera que él, porque tenía la costumbre de correr a través de las grandes llanuras, como un gamo puesto en libertad después de largo encierro, cuando terminaba las tareas diarias y podía escapar a la severa vigilancia de las señoras que querían hacer de ella una pequeña burguesita. Corría Katusha y Dimitri iba ya a darle alcance, cuando ella se encaramó a un alto y fuerte árbol que crecía en el rincón más quieto del jardín. Dimitri la siguió en aquella ascensión. Reía la niña casi sin aliento mientras iba escalando las ramas fuertes y copudas del árbol gigantesco que era su amigo desde su infancia, y sólo cuando ellas ya no le ofrecieron resistencia bastante para soportar su peso, se

decidió a sentarse en una de las grandes ramas que tantas veces le habían prestado descanso y allí la encontró Dimitri.

—¡Katusha!—exclamó el joven príncipe estrechándola entre sus brazos—. ¡Katusha, dame la gorra que me has cogido!... Si no me la das se lo diré a las tías.

—Toma—dijo ella atemorizada, entregándole su gorra de estudiante—. Pero si te la llevas no me va a quedar ningún recuerdo tuyo—murmuró Katusha entristeciéndose súbitamente.

—¡Katusha!... ¿Me vas a olvidar pronto? — preguntó él besándola con apasionada ternura.

—Yo no te olvidaré jamás. Toda la casa está llena de tu recuerdo, y el jardín, y los campos... y mi corazón... Tú serás el que no te acordarás de mí nunca más... Toma—añadió entregándole un ramillete de violetas que llevaba prendido en el pecho—. Toma, para que te acuerdes de mí... Mientras ellas vivan tú no me olvidarás.

—¡Katusha!... ¡Yo tampoco te olvidaré nunca!... Vendré todos los veranos a verte, y seremos tan dichosos como lo hemos sido éste—le dijo él estrechándola sobre su co-

razón y dándole un beso en aquellos labios, inocentes y sabios, que le embriagaban de placer—. Pero, ¿de dónde has sacado estas violetas en este tiempo?

—Del invernadero... Las he cogido para ti. ¡Si tus tías lo supieran!...

—¿Te reñirían mucho, verdad?

—Sí... pero no importa, porque no lo sabrán... Ivan Ivanovitch—dijo Katusha con su voz acariciadora y suave.

Se besaron de nuevo. Sabían que aquella era su despedida. Luego ya tendrían que decirse adiós delante de las tías, delante de la vieja Pavlovna, que les había sorprendido más de una vez en los rincones de la casa y del jardín diciéndose palabras de amor y que había sido una fiel encubridora de aquel romance apenas iniciado en el corazón de los muchachos y que ya constituía una hoguera formidable y devoradora.

Al día siguiente acompañaron hasta la estación vecina a Dimitri Ivanovitch su dos tías y Katusha Maslova, la criada que iba convirtiéndose en señorita de compañía de las dos viejas damas, que le habían puesto cariño y que se empe-

ñaban en educarla y hacerla una verdadera damita. La estación era una diminuta estación perdida en medio del campo. Era una estación que servía a varios pueblos situados a algunos kilómetros de distancia en torno a aquel punto en el que el ferrocarril ponía una nota de modernismo entre toda la campiña milenaria y las aldeas lejanas que apenas tenían noticia del avance de la civilización más que por aquel tren que les traía con su jadeo una bocanada de modernidad.

Dimitri abrazó a tía María y a tía Sonia, prometiendo regresar cuando las vacaciones se lo permitieran, y mientras abrazaba a las dos señoras, miraba con sus ojos apasionados a Katusha que hacía esfuerzos insuperables para contener sus lágrimas. La chiquilla se sentía invadida por una tristeza honda que no se sabía explicar. Iban a separarse. Iban a transcurrir los largos meses de ausencia en los que ella se consumiría de tristeza y de nostalgia en la soledad de la campiña helada del invierno.

—Adiós, Katusha—le dijo Dimitri estrechándole la mano.

—Adiós, Dimitri Ivanovitch —

replicó ella con su voz acariciadora.

Y mientras el tren se llevaba lejos, muy lejos al hombre amado, Katusha sentía que su corazón se anegaba en una dolorosa tristeza que era como un negro presentimiento.

LA AUSENCIA

Tres años pasaron. Tres años durante los cuales una gran transformación se operó en el ánimo de Dimitri Ivanovitch. Tres años que pusieron el peso de su paso sobre aquella alma noble y buena, comprensiva e ingenua, haciéndole cambiar radicalmente.

Hasta entonces Dimitri había sido un joven leal y franco, desinteresado y noble, siempre dispuesto a luchar por aquellas ideas que quiso un día hacer comprender a Katusha sin que la chiquilla llegara a penetrar su sentido; hoy era ya un egoísta refinado, que sólo pensaba en él mismo y que se daba por entero no al afán de hacer el bien, sino a su propio placer y a su propia conveniencia. Ya aquellos libros que hablaban de la igualdad

entre los hombres no figuraban en la biblioteca oculta que tenía en su dormitorio de estudiante en la Academia Militar. Hoy era un militar graduado, un hombre, un hombre al que la sociedad había cogido en su torbellino y había arrebatado al mundo de las ideas nobles para cegarle y hundirle en el mundo del egoísmo y de la perdición.

La gran transformación sufrida por Dimitri Ivanovitch se debía, en gran parte, al ambiente que le rodeaba, a aquella sociedad manchada con todos los vicios, a aquella sociedad que poco a poco, se iba infiltrando en el ánimo de la juventud y le arrebatava su frescura y su ingenuidad.

Sus ideas habían encontrado críticas acerbas entre sus compañeros y reprensiones severas entre sus servidores. El general de su compañía le había amonestado varias veces, después de oírle sostener aquella tesis de igualdad entre los hombres, aquella tesis en la que defendía al pobre, al oprimido, al vasallo, y le había indicado la conveniencia de prescindir de aquellas ideas si quería seguir en la carrera militar y triunfar en la sociedad

a la que pertenecía por su elevada alcurnia.

Dimitri necesitó hacer un esfuerzo, en el primer año de salir de la Academia, para entregarse a las bacanales a que se entregaban sus compañeros. Se resistía a volverse como los demás. Sentía repugnancia de sí mismo y de todos los que con él llevaban aquella vida de locura y de disipación. Pero tuvo que ceder, porque su mismo general le marcaba las normas de conducta a seguir.

—Si sigue usted con esas ideas, Dimitri—le dijo un día que fué a visitarle exclusivamente para ponerle sobre aviso—, acabará usted pronto por ser despreciado de todos y su carrera se malogrará. Deje de leer esos libracos que le llenan de humo el cerebro—añadió, cogiendo aquel magnífico libro "Patria y libertad" que tanto bien había hecho en el ánimo de Dimitri Ivanovitch, y arrojándolo con furia al suelo—, eso son locuras; la igualdad entre los hombres no podrá nunca existir; el esclavo será esclavo siempre y nosotros gozaremos de la supremacía de nuestro nacimiento y de nuestra posición. Dimitri Ivanovitch, debe usted

aprender a vivir en sociedad. Anoche estuvo usted muy frío con la condesa. Ella se le insinuaba. Hay que ser galante con las damas. Cuando ellas se ofrecen nunca se debe desdeñarlas.

—¡Pero la condesa es la esposa del coronel!—exclamó Dimitri indignado.

—Precisamente; razón de más para que usted se mostrara complaciente con ella. El coronel tiene mucha influencia y puede ayudarle para ascender en su carrera, Dimitri. Usted ya no es un niño. Ha de aprender a vivir.

Dimitri Ivanovitch, cuando el general, que era antiguo amigo de su familia y que por serlo se había creído en el deber de advertir al muchacho inexperto y loco, hubo salido de su casa, recogió el libro cuidadosamente, lo limpió del polvo que en él se había pegado y leyó una vez más aquella ferviente y entusiasta exaltación de la igualdad y de la libertad de un pueblo que estaba oprimido y en el que los poderosos podían tratar peor que a perros a los siervos que tenían bajo sus plantas.

Pero aquella noche cenó en casa del coronel que daba un banquete

a todos los aristócratas, sus amigos, y la coronela se insinuó con él de tal forma que Dimitri, recordando las palabras que había escuchado de labios de su general, hizo un esfuerzo para mostrarse con ella galante. Era una mujer bellísima y apasionada, de temperamento de fuego, para la que no había obstáculos cuando deseaba algo. Dimitri sintió primero, bajo la mesa, el calor de la pierna mórbida de la mujer que se acercaba a la suya con sensualidad de gata, y miró angustiado al marido que, en el otro extremo de la mesa, estaba entregado a coquetear con otra mujer. Dimitri sentía calofríos en todo su cuerpo. Temía que de aquello pudiera surgir un lance de honor y que perdiera él su posición en el ejército. Pero, siempre atento a los consejos que se le habían dado, respondió a las insinuaciones de la dama, primero con timidez y luego con complacencia...

Aquella capitulación que hizo aquella noche de sus ideales castos, de sus ideas de honestidad y de nobleza, le repugnó a sí mismo. Pero era el primer paso para olvidar pronto, enteramente, sus ideales de juventud.

Desde entonces, Dimitri, que tenía una naturaleza apasionada y exuberante, se dió por entero a esa vida nueva que en un principio le diera miedo y le produjera náuseas. El medio ambiente se apoderó de él y fué uno de los más brillantes comensales de todos los banquetes de la alta aristocracia y el galanteador más audaz de todas aquellas damas que amaban el placer y la aventura y que se sentían deslumbradas por la belleza y la juventud del apuesto príncipe.

¡Cómo había olvidado Dimitri el verano pasado en casa de sus tías al lado de Katusha, la ingenua y bella Katusha, con la que un día pensó casarse! Ahora, todas las ideas nobles y buenas que albergara en su cerebro y en su corazón habían desaparecido para dar paso a un egoísmo refinado y cruel. La vida del servicio militar, desprovista de preocupaciones, y el ambiente de corrompida aristocracia en el que se movía, habían cambiado en absoluto su naturaleza.

Toda su preocupación se reducía a vestir bien el uniforme, el brillante uniforme que tan bien le sentaba; a caracolear montado en un caballo magnífico por los paseos,

donde la aristocracia se congregaba y lucir su porte marcial entre las mujeres que se disputaban sus favores; a galopar con sus compañeros de armas en largos paseos de entrenamiento que terminaban siempre en una orgía desenfadada. No tenía que pensar en nada más. Era rico y estaba ahora en un estado de inconsciencia respecto a todo lo que en el mundo había fuera de aquella vida que iba matando hasta el último de sus buenos pensamientos.

El vino y las mujeres eran su pasión. Y Dimitri se daba a ellas alocado por el incentivo de sus triunfos personales que le tornaban cada vez más egoísta y más cruel.

Una noche, una noche en que daba una gran fiesta en su propia casa y en la que la bacanal a que él y sus amigos se habían entregado después del banquete llegaba a su colmo, Dimitri Ivanovitch encendió el cigarrillo que iba a fumar la mujer que tenía sentada en sus rodillas, con una de las hojas de "Patria y libertad", de aquel libro que tantas ideas buenas le había inspirado y del que ahora no le importaba desprenderse, porque ya creía, como toda la aristocracia de su

tiempo, que aquellas teorías de igualdad y de libertad entre los hombres, debían ser ahogadas por imposibles y por locas.

Bebían sin descanso. Dimitri había apurado muchas copas de champaña cuando uno de los criados se acercó a ofrecerle otra. Dimitri la tomó con mano torpe y el vino se derramó sobre el vestido de la mujer que tenía en su falda. Se levantó airado. Pensó que era el camarero el que había cometido aquella torpeza y le descargó un tremendo bofetón que el siervo recibió mordiéndose los labios para no estallar en injurias con aquel poderoso que tenía sobre él todos los derechos, incluso el derecho de muerte si tuviera la osadía de insolentarse contra él.

—¡Esos canallas!—murmuró Dimitri con la voz ronca y alterada. —¡Se creen en el derecho de manchar el vestido de una dama!... Si les diéramos alas acabarían por considerarse nuestros iguales; por eso hay que hacerles sentir la mano dura de nuestro yugo.

Y aquél era el mismo hombre que quería repartir entre los pobres y los míseros la herencia paterna, el mismo que predicaba la igual-

dad, el mismo que había afirmado que, así como el aire que se respira es idéntico para todos los hombres, así habían de estar repartidas las riquezas entre los humanos. Todo, todo se había borrado de su mente. Todo, hasta el recuerdo de Katusha que allá, lejos, en la casa perdida en medio de la campiña rusa, pensaba día y noche en él, acosada por la nostalgia, sintiendo crecer en su corazón virgen el amor que en él había nacido y que Dimitri había fomentado en el verano maravilloso y magnífico en que los dos despertaron a la vida por obra y gracia de aquel amor que en sus pechos había cantado el himno magnífico de la esperanza.

Dimitri Ivanovitch no se acordaba de Katusha. Las mujeres que estaban junto a él eran bellas, eran elegantes, eran duchas en las lides del amor. ¿Qué más podía desear aquel egoísta que sólo pensaba en su propio placer?

Dimitri Ivanovitch no podía acordarse de la inocente muchachita que se le había confiado tan castamente, que le había amado con todo el ardor de su apasionada alma virginal y que se consumía ahora por aquella ausencia prolongada,

prolongada indefinidamente, en la que sólo su fe ciega de chiquilla inexperta podía sostenerla.

Dimitri Ivanovitch estaba demasiado entregado a los placeres sensuales para acordarse de la espiritualidad de un amor juvenil y casto, bueno y puro en el que él puso lo mejor de su alma, hoy corrompida por todos los vicios y aniquilada por todas las bajas pasiones.

Aquellos tres años de ausencia fueron tan crueles con Dimitri que le arrancaron todo sentimiento de bondad y le dejaron el alma desnuda, fría, con el frío de un egoísmo insensato que le arrebatara todo brote espontáneo de generosidad.

Y ahora era cuando más halagado se veía por sus compañeros. Y ahora era cuando más sentía su poder y el influjo que de su persona emanaba. Y ahora, ahora que no tenía alma ni corazón, era cuando se sentía más apreciado en aquel ambiente que era el suyo, en aquel ambiente que había ahogado su sentimiento para dar más amplia salida a su bestialidad.

El instinto animal predominaba ahora en él. Y él se dejaba arrastrar por aquel instinto cuya bruta-

lidad no sabía dominar, ni quería dominar. ¿Fué el instinto animal el que le hizo acordarse de sus tías... y de Katusha?

Si lo fué, Dimitri Ivanovitch no se lo confesó a sí mismo. Pasados aquellos tres años de orgía y de dilapidación, Dimitri fué destinado a otro punto. Tenía que ir a reunirse a sus compañeros de Odessa y, para ello, había de pasar cerca de la finca de sus tías. Dimitri les escribió diciéndoles que pasaría con ellas unos días y decidió ir de nuevo a ver los lugares en que un día había sido tan hondamente, tan intensamente feliz. No quería confesarse que algo peor le empujaba allí. No quería decirse que deseaba ver de nuevo a Katusha y verla con sus ojos actuales, con los ojos que le habían enseñado a ver en la mujer, no un ser ideal y bueno al que el hombre debe siempre protección, sino al objeto de placer que el hombre puede tomar y dejar a su antojo después de haber usado de él.

Dimitri se había acostumbrado a tratar con todas aquellas mujeres fáciles y disipadas de la alta aristocracia de San Petersburgo y creía que todas eran como ellas: flores de lujo y de pasión que podían pasar

de unos brazos a otros sin temor a herirlas ni a hacerles daño en el alma, porque carecían de ella.

En esta disposición de ánimo Dimitri Ivanovitch decidió ir a ver a sus tías... y a ver a Katusha, la novia inocente y buena que le esperaba con el recogimiento de una virgen y con la pasión de una amante.

EL REGRESO DEL AUSENTE

Tía Sonia y tía María se habían vestido sus mejores galas. Eran dos viejas un poco ridículas dentro de su estirada y rancia nobleza, pero tenían un fondo bueno y eran, sobre todo, de una religiosidad que rayaba en el fanatismo.

Se habían vestido sus mejores galas porque era el día de Pascua y tenían que asistir a los oficios divinos. Además, era el día en que se esperaba la llegada de Dimitri Ivanovitch. Las dos viejas se regocijaban de antemano a la sola idea de ver a aquel sobrino que las había tenido abandonadas tanto tiempo. Le querían como si fuera un hijo. Deseaban verle después de aquellos tres años de ausencia. Pero no

por esperarle hubieran dejado ellas de asistir a los divinos oficios del día de Pascua.

Katusha estaba mucho más emocionada que sus amas y había puesto un cuidado especial en arreglarse. Su pelo, de un rubio de lino, su gran mata de pelo crujiente y espeso, estaba peinado coquetonamente en dos largas trenzas que caían sobre su pecho encuadrando aquel rostro encantador en el que brillaba, al lado de la inocencia, el fuego de la pasión que la consumía. Llevaba un vestido blanco, vaporoso y bello, regalo de las princesas para aquel día, y en la cintura una cinta roja, como rojo era también el lazo que llevaba en la cabeza como único adorno de su tocado de muchachita. Los ojos le despedían luz. Pero no era la alegría de la Pascua la que ponía en ellos aquellas luminosidades, sino la emoción honda y sincera de volver a ver a Dimitri. Katusha estaba segura de que Dimitri ya no la quería, pero le bastaba su propio amor para hacerla feliz y le bastaba volver a verlo para sentirse recompensada de todos aquellos largos meses de ausencia.

—Ese muchacho... ese mucha-

cho...—murmuró, impacientándose, la tía Sonia—. Dijo que llegaría hoy y es ya hora de partir para la iglesia y todavía no ha llegado.

—Mientras no haya tenido algún accidente en el camino...—replicó tía María con pesimismo.

—Dios no lo permitirá, hermana...—exclamó Sonia haciendo en la frente la señal de la cruz para ahuyentar aquella mala idea.

Katusha cruzó sobre el pecho sus manos blancas y suaves, alzó al cielo los ojos e hizo una muda plegaria. Su corazón aceleró la marcha. Las palabras de las dos señoras la habían impresionado.

Pero no, nada malo había ocurrido a Dimitri. Se había entretenido charlando con un amigo suyo que hasta allí le había acompañado y que al día siguiente tenía que irle a buscar para seguir juntos la marcha hacia Odessa. Dimitri le había hablado de Katusha y le había dicho lo bella que era la chiquilla y lo ingenua y lo amorosa.

—¿Pasarás con ella la noche?—le preguntó el amigo, antes de dejarle.

—¡Oh, no, no lo creo!—contestó riendo Dimitri—. A lo mejor ya estará casada y deformada por la

maternidad... Esas campesinas pierden en seguida el encanto.

—Bueno, si acaso lo ha conservado, no te olvides: un beso, una hora de amor y de placer... ¡y luego el olvido!—aconsejó el amigo de Dimitri soltando una carcajada que el príncipe coreó.

Dimitri Ivanovitch penetró en casa de sus tías con la sonrisa todavía reflejada en su rostro.

—¡Dimitri! — exclamaron las tías, olvidando esta vez todo el ceremonial protocolario y abrazando a aquel muchacho que estaba transformado en hombre y que incluso les imponía un poco de respeto. (¿No sería pecado besar a un hombre, aunque fuera sobrino suyo?) La conciencia timorata de las damas se sobresaltaba, porque al besar a Dimitri sintieron un placer que no les pareció bastante casto.

—¡Tía Sonia!... ¡Tía María!—exclamó Dimitri abrazándolas y besándolas con arrebató—. ¡Qué guapas estáis!—y al decir esto miraba con los ojos llameantes a Katusha, a Katusha que permanecía en segundo término ruborizada, con la respiración anhelosa y sin atreverse a levantar hasta Dimitri sus ojos, aquellos ojos grandes y expresivos

que hubieran traicionado el sentimiento de su alma.

—¡Katusha! —exclamó Dimitri dirigiéndose a ella y saludándola con efusión—. ¡Katusha!

—Bienvenido, Dimitri Ivanovitch —replicó Katusha con aquella voz tan suya, aquella voz en la que la emoción ponía opacidades de terciopelo.

Dimitri sentía deseos de hacerle mil preguntas, de enterarse si tenía novio, si se había casado, si se había acordado de él aquellos tres años, si le amaba todavía, si le dispensaría aquellos besos que un día fueron mieles y aromas para su juventud inexperta, aromas que hoy volvían a hacer sentir su intensidad al encontrarse frente a frente de esa muchacha, convertida en una mujer, de esa muchacha que tenía hoy la morbidez de formas que hacía tres años eran apenas incipientes y que hoy habían adquirido una maravillosa plenitud.

Pero Dimitri no se atrevió, delante de sus tías, a hacer pregunta alguna a la muchacha. Sin embargo, en la emoción que estaba reflejada en el rostro de la niña, Dimitri podía leer todo el amor que por él sentía y en el brillo de aquellas

pupilas oscuras, que tan bello contraste ofrecían en el rostro de blanca mate y junto aquellas guedejas doradas, Dimitri podía adivinar el fuego interior que consumía el corazón de la pequeña.

Dimitri la contempló en silencio. Era Katusha, la misma Katusha de siempre, la Katusha ideal de su primer amor. Era la misma Katusha de los ojos negros y brillantes, la Katusha de los labios rojos, firmes, que, como entonces, se plegaban hoy en una deliciosa sonrisa de dicha, aquellos labios que, como entonces, con su sabia inocencia, debían besar con besos de fuego arrebatados y rendidos. Dimitri sintió que una extraña emoción se apoderaba de él, que algo muerto, o mejor dicho, dormido en su alma, despertaba dulcemente en su pecho, que renacía en su corazón aquel sentimiento bueno que un día le había inspirado. Como en aquel verano dichoso, Dimitri no podía ahora, en este momento en que volvía a ver a Katusha, dominar una emoción que le hacía enrojecer como a un muchacho inexperto en lides de amor, a él que estaba acostumbrado a tratar a todas las mujeres con despreocupación, en dominador y en amo,

como correspondía a su naturaleza masculina y a su temperamento del que todo brote de sentimentalismo había sido cruelmente arrancado.

Dimitri constató que toda una vida nueva despertaba en su alma. No podía escuchar la voz de Katusha, aquella voz suave que le había dicho: "Bienvenido, Dimitri Ivanovitch", poniendo en el acento mucha parte de la turbación de su alma de niña y enrojando hasta la raíz del pelo, como si hubiera pronunciado el más apasionado de los discursos, sin sentir que también él enrojecía de placer y de emoción.

Dimitri contempló aquellos ojos bellos, y sintió que no los podía mirar con indiferencia, sobre todo en este momento en que le miraban lúmedos y brillantes, como le habían mirado otras veces, hacía tres años, cuando él los encendía con sus besos torpes de amante desconocedor y novicio. Se sentía ahora más enamorado de Katusha que entonces. Pero el amor que ahora sentía no era como aquel amor inocente y misterioso que no se atrevía a confesarse a sí mismo y que, haciéndole sentir mucho, no sabía qué clase de sentimientos desbordaban

dentro de él. Entonces Dimitri estaba convencido de que sólo se puede amar una vez y de que el amor es una planta maravillosa que ha de cultivarse a través del tiempo. Entonces Dimitri creía que era indispensable casarse con la mujer amada y formar una familia y un hogar honrados. Hoy sabía ya lo que era el amor y lo que significaba estar enamorado. Sabía también cómo hay que tratar a las mujeres. Sabía cómo las mujeres respondían a las insinuaciones amorosas del varón. Y sabía, sobre todo, en qué consistía el amor y los resultados probables de esa pasión que se estaba desencadenando con furia y en breves momentos en su alma ante la presencia de aquella criatura bella que estaba frente a él, turbada y emocionada tan intensamente que, si en aquel momento la hubiera podido coger en sus brazos y la hubiera cubierto de caricias, ella no hubiera ofrecido la menor resistencia.

—Dimitri, hoy es el día de Pascua y vamos a asistir a los oficios divinos—dijo tía María interrumpiendo el soliloquio espiritual de Dimitri—. ¿Quieres quedarte en casa o venir con nosotras?

—¡Qué pregunta, tía!... ¿Vais todas a los oficios?—preguntó, antes de contestar de manera categórica mientras seguía contemplando a Katusha.

—Todas. Ya sabes que es la costumbre de nuestra casa. Los servidores vendrán con nosotras.

—Pues yo también os acompaño. Quiero celebrar esa bella fiesta.

—Pues no podemos entretenernos, es tarde y sentiría dar el mal ejemplo de llegar a deshora a una función religiosa de la importancia de ésta.

Tía María se cogió del brazo de Dimitri y salieron los primeros. Katusha acompañó a Sonia y detrás de ellos iban Pavlovna y los demás criados.

Los oficios de la Pascua se celebraban por la noche y se ponía en ellos una magnífica solemnidad.

Los fieles llegaban desde muchos leguas a la redonda a celebrar en el templo la resurrección del Señor. Se hacía una procesión solemne que se encaminaba al templo entre cánticos y nubes de incienso, y hasta que era llegada la hora no se abrían las puertas del mismo para dar paso a la multitud. Los cantos, esos

cantos de un profundo misticismo y de una honda melancolía, llenaban el aire de la noche cuyas tinieblas rasgaba la luz de las antorchas y de las velas que llevaban en la mano los fieles que formaban procesión en dos largas hileras que se movían lentamente con fantasmagorías de aquelarre en aquella hora misteriosa y bella de la noche oscura, de la noche en la que no brillaban ni luna ni estrellas porque los nubarrones se cernían en el horizonte apretujando todavía más y más las sombras nocturnas.

El templo estaba brillante y magnífico. La fiesta era solemne y encantadora. Dimitri miraba todo aquello con ojos de profano y le parecía que, como espectáculo, era algo conmovedor y maravilloso. Los sacerdotes, con sus grandes capas pluviales recamadas de oro y plata, entonaban desde el altar los himnos sagrados que el pueblo contestaba a coro. El diácono y el sacristán removían constantemente los incensarios para que las nubes de humo perfumado llenaran la nave e hicieran su efecto en los sentidos de los fieles que, enajenados por la música y por el perfume del incienso, sentían más hondo el sentimien-

to de religiosidad que hasta allí les había llevado. Los iconos de los altares despedían los destellos de sus piedras preciosas, de sus oros y de sus platas en los que se reflejaba la luz de los centenares de bujías que iluminaban el templo. Las santas imágenes parecían tener una expresión más beatífica en sus cuadros y los fieles mostraban una postura recogida y atenta con la que querían mostrar su fe y su religión.

Dimitri no tenía ojos más que para contemplar a Katusha. Katusha estaba allá, a pocos pasos de él, con su vestido blanco, sus grandes trenzas rubias cuyo peso parecía hacerle inclinar hacia delante la cabecita menuda y airoso; con sus ojos enormes fijos en el iconostasio, como si quisiera implorar del Altísimo gracia para resistir a alguna tentación que la atormentaba; con su lazo rojo sobre el pelo de oro, tan brillante y tan pulido como los iconos que lucían en las paredes del templo iluminados por las candelas encendidas ante ellos. Katusha estaba al lado de Pavlovna y junto a tía Sonia, mientras Dimitri seguía al lado de tía María, que seguía con recogida atención el oficio divino.

Los ojos de Dimitri se encontraron varias veces con los ojos de Katusha, que los desviaba desde las santas imágenes hasta él, como si también en él buscara protección a la emoción creciente que la embargaba. Dimitri buscaba aquella mirada. Era una mirada húmeda y cariñosa que le hacía sonreír y que le hacía dichoso. Katusha no se las prodigaba, temerosa de ser sorprendida por las señoras, temerosa también de que Dios pudiera castigarla por aquella irreverencia imperdonable en el templo del Señor. Pero por eso mismo, porque no prodigaba sus miradas, Dimitri las buscaba con mayor intensidad. Y Katusha veía a Dimitri aun sin mirarle, porque la imagen del joven estaba grabada en su pensamiento y no podía apartarla de él ni aun para fijar su atención en los rezos y en los cantos religiosos.

Dimitri sentía que todo, todo era bello a su alrededor, que todo tenía una ternura emocionada, que todo producía honda huella en su corazón. Pero más que todo, más que el espectáculo religioso, más que las luces y los oros y el incienso y la música y aquella multitud brillante allí congregada, lo que le pro-

ducía mayor impresión era la figura de Katusha, la figurilla graciosa de la muchachita con su vestido blanco e inmaculado, su gran lazo rojo en torno a la cintura y el lazo rojo también que adornaba sus cabellos de lino, suaves y sedosos que hoy tenían reflejos de oro y de plata, como las capas de los sacerdotes, como la estola del diácono, como los cuadros de las santas imágenes que en los iconos mostraban sus figuras místicas.

Aquella fiesta religiosa debía marcar, a través de la vida del príncipe Dimitri, la etapa más bella y brillante de toda su existencia y ser uno de los más dulces recuerdos de su juventud.

Toda aquella belleza que le rodeaba creía Dimitri que estaba hecha para hacer resaltar la belleza de Katusha y contemplaba, sin saciarse de él, el rostro de la joven lleno de alegría y de emoción en el que Dimitri leía claramente que todo lo que en él cantaba: un canto de amor y de esperanza, lo cantaba también en el corazón de aquella criatura ingenua que no sabía ocultar sus sentimientos y los dejaba reflejar sinceramente, intensa-

mente en su rostro expresivo y en sus grandes ojos apasionados.

Terminada la ceremonia, siguiendo la costumbre ancestral rusa, los fieles se besaban unos a otros, tres veces, en las mejillas, repitiendo las palabras sagradas:

—¡Cristo ha resucitado!

Dimitri contemplaba aquella escena y vio cómo sus tías besaban a Katusha y a Pavlovna y cómo besaban luego a los pobres campesinos que en todo el resto del año vivían tan apartados de ellas. Nunca se hubieran atrevido a besar a aquellas damas, pero la resurrección de Cristo les igualaba por un instante a todos, evocando la bella doctrina que El tan piadosamente había predicado, la doctrina en la que el amor y la ternura y la mutua comprensión eran la base fundamental de todas sus teorías. ¡Cristo había resucitado! El Cristo bueno y grande, el Cristo piadoso, el Cristo que tanto y tanto había amado a los hombres, había resucitado y ya en la tierra el regocijo sería eterno y el amor reinaría para siempre, si la maldad de los hombres no hubiera hecho de la bella doctrina del Crucificado una mixtificación falsa y perversa en la que que-

daban anegadas todas las divinas fuentes del amor y de la caridad. Sólo hoy se acordaban los poderosos de que eran los hermanos de los pobres, sólo hoy, en el día brillante de la Pascua de Resurrección, pensaban en que los humildes, los siervos, los esclavos, los miserables, eran sus hermanos.

—¡Cristo ha resucitado, Pavlovna!

—Sí, en verdad ha resucitado, princesa María.

—¡Cristo ha resucitado, Katusha!

—Sí, en verdad ha resucitado, princesa Sonia.

Cuando Katusha volvió la cabeza se encontró frente a Dimitri que la contemplaba con una complacida sonrisa, con una sonrisa en la que saboreaba de antemano la caricia divina que le haría sentir, más que la resurrección del Cristo en el que él no creía mucho, la propia resurrección de un sentimiento que había creído muerto para siempre.

—¡Cristo ha resucitado, Katusha! —le dijo mirándola con una mirada ardiente que encendió en rubor el rostro de la chiquilla.

—Sí, en verdad ha resucitado, Dimitri Ivanovitch—respondió Ka-

tusha presentando su mejilla casi tan roja como el lazo que lucía sobre su pelo de oro.

Dimitri la besó en una mejilla y se detuvo un momento, como preguntándose si debía seguir besándola, porque sus besos no eran los besos castos de enhorabuena y felicidad cambiados entre los cristianos, sus besos eran de fuego y de loca pasión, pero besó de nuevo, atraído por aquel rostro que se le ofrecía generosamente amorosamente. El tercer beso se lo dió Dimitri en los labios de Katusha que temblaron entre los suyos con un temblor delicioso que acabó de enardecerle la sangre.

—Sí, en verdad ha resucitado—replicó Dimitri volviendo a la realidad y besando a su tía con indiferencia, mientras sonreía deliciosamente a Katusha que se había apartando de él azorada y confusa. El pecho de la niña palpitaba con una fuerza extraordinaria y se hinchaba bajo el vestido blanco y vaporoso como si se sintiera oprimido por una angustia extraña. No cesaba de contemplar a Dimitri con sus ojos sumisos, ojos de virgen y de amante, ojos que dejaban traslucir

todo el efecto que en su alma habían causado aquellos besos.

Dimitri sintió que el amor que tuvo un día a Katusha crecía y crecía de manera pujante en él y sentía que ese amor, que palpitaba en su corazón con igual fuerza que en el corazón de Katusha, les fundía en un solo ser único e incomparable. Dimitri conoció en aquel momento, en aquel instante mismo en que todos celebraban la resurrección de Cristo que aquel amor había llegado a todo su apogeo y que había alcanzado el máximo de idealidad. Todo lo que después acaeciera, todo lo que después sobreviviera después de aquellos besos dados en el templo, estaría mezclado a bajos instintos y a desenfrenadas pasiones. En aquel instante solamente habían tenido algo de sublime y de divino que ya nunca más podría encontrar.

Cuando salieron de la iglesia Katusha marchaba de prisa, como si sintiera el ansia de llegar pronto a su casa. La seguían las dos princezas, una del brazo de Dimitri y la otra del brazo de Pavlovna.

—Katusha está más bella que nunca—dijo Dimitri a su tía Ma-

ría—. Parece un ángel vestido de blanco.

—Ese traje se lo ha hecho ella. Es una muchacha muy hacendosa y muy buena y creo que pronto la vamos a adoptar definitivamente. Queremos hacer de ella una señorita, arrancándola de la esclavitud del trabajo.

—¿No tiene novio? —preguntó Dimitri, como con indiferencia, pero en el fondo sinceramente intrigado por conocer la verdad.

—No, no tiene novio. Y eso que se le han presentado buenos partidos. Pero ella se niega a aceptar a ninguno. Es una chiquilla un poco extraña. Acaso no se case nunca por esa razón.

Dimitri dió un suspiro de alivio. Si Katusha había despreciado a los partidos que se le habían ofrecido era porque le amaba y eso halagaba el amor propio de Dimitri.

Aquella noche estuvo más brillante y más gracioso que nunca durante la hora de la cena. Sus dos tías le escuchaban encantadas, riendo de buena gana todo cuanto él decía. Encontraban en Dimitri una nueva distinción y una nueva soltura que no tenía cuando había

estado pasando con ellas aquel verano.

Katusha le escuchaba embebida en sus palabras, no viendo ni oyendo más que lo que de Dimitri venía, viviendo en un mundo nuevo e irreal que la hacía intensamente dichosa.

Cuando la princesa María dió la señal de levantarse de la mesa, a Katusha le pareció que apenas habían pasado unos instantes. Sin embargo era ya más de la media noche. Las princezas jamás en su vida se habían acostado tan tarde.

—Es hora de acostarse. Vámonos. Buenas noches, Dimitri. Tu cuarto es el de siempre.

—Buenas noches, tías.

—Mañana almorzaremos juntos, ¿no es eso?

—Sí, tías, mañana almorzaremos juntos. No me marcharé hasta después del almuerzo. Y siento de veras no poder quedarme aquí por más tiempo. Me encanta esta vida de paz y recogimiento que aquí lleváis. Además, en el ejército, no tenemos cenas como la que me habéis dado esta noche. ¡Quién pudiera quedarse aquí!

—Eres un halagador y un embustero. ¿Cómo vamos a creer que

prefieres esto al brillo de la corte? Pero te agradecemos tu galantería. Eres un digno descendiente de tus antepasados. En nuestra familia, toda de militares y aristócratas, la galantería ha sido siempre su distintiva.

—Buenas noches, Dimitri Ivanovitch—murmuró Katusha haciendo la profunda inclinación de ceremonial.

—Buenas noches, Katusha—repitió Dimitri mirándola con una larga mirada antes de subir a su habitación.

Katusha corrió a su cuarto. Dormía en una pequeña habitación contigua a la de Matrona Pavlovna. Katusha estaba aquella noche excitada e impaciente, como si algo muy dulce y muy bueno le hubiera ocurrido.

—¡Oh, Pavlovna, qué feliz soy, qué feliz! —le dijo, abrazándola con efusión.

Pavlovna sonrió con su bondad hecha de muchos años de experiencia y acarició la cabeza de la muchachita a la que tenía un sincero afecto.

—Buenas noches, querida. Yo estoy muy cansada y no soy tan fe-

liz como tú para pasarme la noche en vela.

—¡Oh, Pavlovna, si mañana se marcha temprano yo apenas podré verle!—murmuró Katusha.

—¿Pero es que aún no le has visto bastante? ¡Había que ver cómo le mirabas en la iglesia y cómo te le has comido con los ojos durante la cena! ¡Vaya modo de mirarle! Yo no sé cómo las señoras no se han dado cuenta.

—Le miraba... sí, le miraba, porque han pasado tres años sin verle, porque estaba sedienta de él... Necesitaba contemplarle largamente para aprovechar todo el tiempo que he estado sin verle.

—¡Ah, juventud loca, juventud loca, con qué poco te contentas!—murmuró Pavlovna marchando a su habitación.

Katusha se quedó sola. Deshizo las largas trenzas de su pelo crujient ey sedoso y comenzó a peinarlo cuidadosamente. Las guedejas caían sobre su espalda y le llegaban hasta más abajo de la cintura, cubriéndola como con un manto de oro. Estaba bellísima. Se peinaba lentamente con el pensamiento ausente, fijo en ideas y divagaciones que la hacían sonreír de pron-

to y de pronto quedarse muy seria, muy seria como si alguna visión dolorosa la atormentara.

Encendió, una a una, las velas que tenía colocadas ante el icono y se quedó un momento mirando a la santa imagen, como si buscara en ella fuerzas para su debilidad o valor para su flaqueza.

Luego se asomó a la ventana y miró a la noche que estaba muy oscura. El aire le enmarañaba su pelo jugando con él como si fuera la mano de un amante caprichoso y sensual. Y así permaneció mucho, mucho tiempo, abstraída en sus ideas y dejándose llevar por sus ensueños hechos de juventud y de amor.

PASA EL AMOR

Dimitri Ivanovitch no se acostó. Llevaba en su mente una idea y quería realizarla. El mismo no se quería confesar que su instinto le llevaba a cometer una villanía. El mismo no quería analizar sus sentimientos, pero bien sabía que en su yo interior, los dos hombres que hay en todo ser humano: el noble y el vil, luchaban con una lucha en-

conada a la que él no quería dar cédos. El hombre moral y recto le decía que debía quedarse en su habitación, dormir, esperar tranquilamente la mañana del día que no tardaría en amanecer y partir de aquella casa dejando sólo en ella la estela de un recuerdo muy bello y muy noble: el recuerdo de aquellos besos cambiados en la iglesia, a la vista de todos, de aquellos besos de cuyo fuego sólo Katusha y él podían hablar. El hombre animal le instaba para que aprovechara aquellas horas que habían de ser únicas e incomparables, le decía que no debía marcharse sin realizar el pujante deseo que le tenía en vela y que le hacía pasearse febrilmente por su habitación, le decía que hay que saber coger las flores que nos ofrece el camino de la vida. Fué una lucha inconsciente y sin tregua la que se entabló en el ánimo de Dimitri Ivanovitch en los minutos en que estuvo solo en su habitación esperando que se hiciera en la casa el más absoluto silencio, esperando a que todo estuviera quieto para poder él cometer con mayor impunidad la acción malévola e indigna de un caballero que

estaba fraguando en su imaginación.

En lo más íntimo de su alma sentía una voz que le decía que no debía bajar, que hacía mal permaneciendo en vela, que debía renunciar al placer de un momento que podía acarrear la desgracia de una chiquilla inexperta y buena. Sabía que nada bueno podía resultar de satisfacer su deseo. Sabía que podía hacer mucho, mucho daño a Katusha y romper para siempre su felicidad de muchacha. Pero Dimitri Ivanovitch se había corrompido en aquellos tres años de disipación y de orgía y su yo animal, su instinto, su deseo, fueron más fuertes que sus reflexiones de hombre sensato.

Cuando le pareció que todo dormía bajó con tiento la escalera y abrió la puerta de la casa saliendo al jardín.

La ventana del cuarto de Katusha estaba aún iluminada. Ella tampoco dormía. Acaso también en el alma de la niña hubiera la misma lucha que en su propio ánimo. Dimitri caminó lentamente por los senderos del jardín y se acercó al recuadro luminoso que se destacaba poderosamente en la noche oscura. Allí estaba ella, ella, más bonita,

más hermosa, más atractiva que en la iglesia, más prometedora y más rica en pasión que cuando la había besado amparándose en las palabras divinas de ¡Cristo ha resucitado!

La miró largo rato sin hacer notar su presencia. Katusha estaba sentada ante el espejo con todo el pelo echado sobre el rostro, peinando aquella mata espléndida de su cabellera de lino y de tiempo en tiempo detenía la operación para quedarse pensativa y perdida la mirada en quién sabe qué lejanías.

Dimitri se acercó a la ventana y apartó las cortinas.

—¡Dimitri Ivanovitch! — exclamó Katusha con una voz opaca y temblorosa, levantándose y yendo hacia él.

—¡Katusha! — murmuró Dimitri abrazándola con suavidad y ternura.

—¡Oh, no! — exclamó ella queriendo rehuir la caricia, pero hondamente halagada por aquel abrazo.

—¿No te alegras de verme?

—¡Oh, Dimitri, Dimitri Ivanovitch! — murmuró tiernamente la voz de Katusha, dejándose llevar

por su emoción y mirando con una larga mirada a Dimitri.

—¿Me has olvidado?

—¡Oh, no, no! ¡Cómo podía yo olvidarte! Tú sí que me has olvidado.

—No, no, yo tampoco te he olvidado, Katusha—mintió Dimitri poniendo en sus ojos mucho fuego y mucha pasión en sus palabras—. He temido tanto no poder verte a solas...

—Yo también—replicó la niña con ingenua sinceridad.

—Por eso he bajado, con la esperanza de verte, de hablarte, de revivir por unos momentos aquella dicha del verano que pasé junto a ti.

—¡Dimitri Ivanovitch!

—¡Katusha!

Se quedaron contemplándose perdidamente en los ojos. Dimitri sentía cada vez más imperioso el deseo de estrechar entre sus brazos a aquella criatura, de cubrirla de caricias, de morderle el lóbulo de la oreja que asomaba jugoso y fresco como una cereza por entre la melena rubia de su cabellera, de sorber en sus labios la dulce miel de sus besos, de ver en sus ojos toda la fiebre de la pasión, de sentir so-

bre su pecho la respiración anhelante y afanosa de la niña.

—¡Katusha!—repitió alzando la voz y atrayéndola a sí.

—¡Silencio, nos van a oír!—dijo ella, atemorizada.

—Pues vente conmigo. Un momento solo—le dijo él tomándola de la mano para obligarla a acercarse más y poderla tomar en sus brazos y sacarla de la habitación.

—No, no — se resistió Katusha débilmente.

—¿Por qué no? La noche es hermosa, aunque no hay estrellas. Podremos hablar. Estaremos juntos un rato.

—No, no... no está bien... es muy tarde.

—Katusha, mañana me marchó y es muy posible que no volvamos a vernos en mucho tiempo. ¿No quieres charlar conmigo un rato? Ven, Katusha...

—No, Dimitri, no; hablemos aquí así, muy quedo.

—¡Katusha!—gritó la voz de la Pavlovna medio adormecida—. ¿Qué estás haciendo? ¿Por qué no te acuestas?

—¿Lo ves?—le dijo Dimitri instándola con el gesto y con la voz—. Aquí pueden descubrirnos. Anda,

Katusha, ven, sólo un momento.

La tomó en sus brazos como a una niña y la sacó de la habitación depositándola en el suelo, sobre el enarenado sendero del jardín. Katusha sonrió con aquella sonrisa dulce y tierna de amante sumisa y comenzó a caminar a su lado, confiada y tranquila.

—¿Dónde vamos? La noche está muy oscura—dijo Dimitri.

—¿Te acuerdas de nuestro árbol? Vamos a él. Allí nadie nos encontrará—replicó ella riendo.

—No, Katusha, hace frío y lloverá pronto, no quiero que puedas enfriarte y ponerte enferma. Ven, ya sé dónde estaremos recogidos.

La tomó de la mano y se encaminaron al invernadero. Allí podrían estar tranquilos, sin temor a que nadie les sorprendiera y a cubierto de la intemperie. La mano de Katusha temblaba un poco entre la mano fuerte y viril de Dimitri Ivanovitch.

Dimitri cerró la puerta tras ellos y cogió a Katusha y la estrechó fuertemente, apasionadamente entre sus brazos. Muy débilmente escuchaba Dimitri la voz de su conciencia que le decía que el verdadero amor no era aquello, que el verdadero amor hubiera sido dejar a

la niña dormir tranquilamente mecida por sus sueños inocentes, que el verdadero amor no consistía en despertar los sentidos y en hacer enloquecer a un pequeño ser que no tenía ningún medio para defenderse, que estaba a merced de sus caprichos y que estaba ya de antemano vencida por el amor. Pero la voz del egoísmo le decía muy alto que no dejara escapar el placer que tenía en la mano. Y Dimitri obedeció a la voz de su egoísmo.

—No, no, Dimitri, ¿qué haces? —murmuró ella asustada por aquel abrazo que no era igual a los otros abrazos que antes le había dado.

Dimitri la volvió a abrazar. Katusha se había separado de sus brazos, temerosa y asustada, pero Dimitri era más fuerte y la atrajo a sí. Katusha se desprendió aún otra vez diciendo:

—No, no, no... Hacemos mal.

Y corrió lejos y cogió un manojo de violetas que le entregó a Dimitri diciéndole con su dulce candor de chiquilla:

—¿Te acuerdas, Dimitri?

Dimitri había olvidado la escena de las violetas, tuvo que hacer un esfuerzo de imaginación y luego di-

jo, tomándolas y arrojándolas al suelo con disimulo:

—¡Ah, sí, sí, me acuerdo! Y como que las violetas no mueren nunca en este invernadero, porque aquí florecen constantemente, por eso te he traído aquí, para que veas que sigo amándote como te amaba entonces.

Intentó besarla en los labios. Pero Katusha se resistió. Dimitri sintió coraje de aquella resistencia y la estrechó más fuerte mirándola en los ojos como si quisiera hacerla enloquecer.

—Voy a entrar en maniobras militares, Katusha, y tú sabes que son peligrosas y difíciles. No quieres besarme. No me quieres ya. Y dices que soy yo el que ha cambiado, que soy yo el que te olvidó. Tú eres la que ha cambiado y no yo. Yo soy el mismo de siempre, yo estoy tan enamorado de ti como el primer día, yo te quiero con toda mi alma, pero tú... ¡tú ya me has olvidado!—le dijo mientras la acariciaba con unas manos ávidas y sensuales que turbaban a la niña.

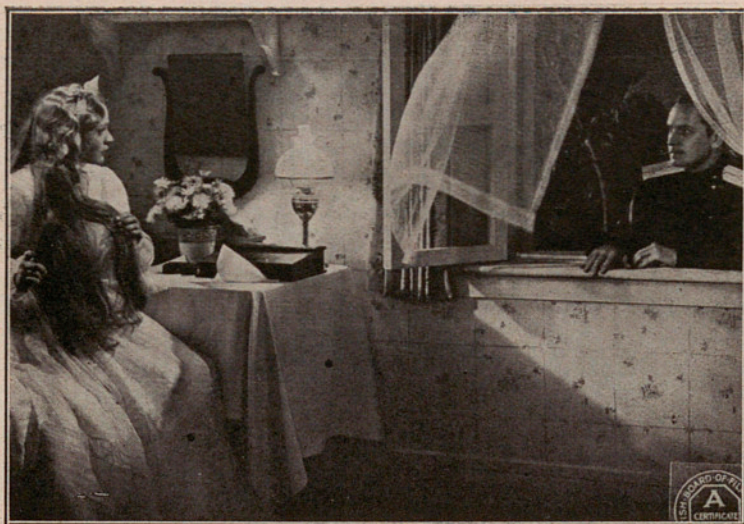
—No, no te he olvidado, Dimitri. Por favor, no digas eso. ¡Yo te quiero más que nunca!—murmuró ella dándole sus labios que Di-



—Pues bien, Katusha, día llegará en que esa igualdad se extenderá a todas las cosas...



—¡Yo no le he besado a la fuerza, Dimitri Ivanovitch!



Katusha estaba peinando aquella mata espléndida de su cabellera de lino...



—Como tú comprenderás, no puedes seguir en nuestra casa, que es una casa honrada.



Dimitri sentía el imperioso deseo de estrechar entre sus brazos a aquella criatura...



Dimitri defendió ante el Jurado la inocencia de Katusha, con fuerza, con energía, con entusiasmo...



—¡No soy culpable de nada!... ¡Yo no le maté!...



—Tienen miedo de que los humildes se vuelvan poderosos, y nos obligan a callar encerrándonos en calabozos—dijo Simonson.



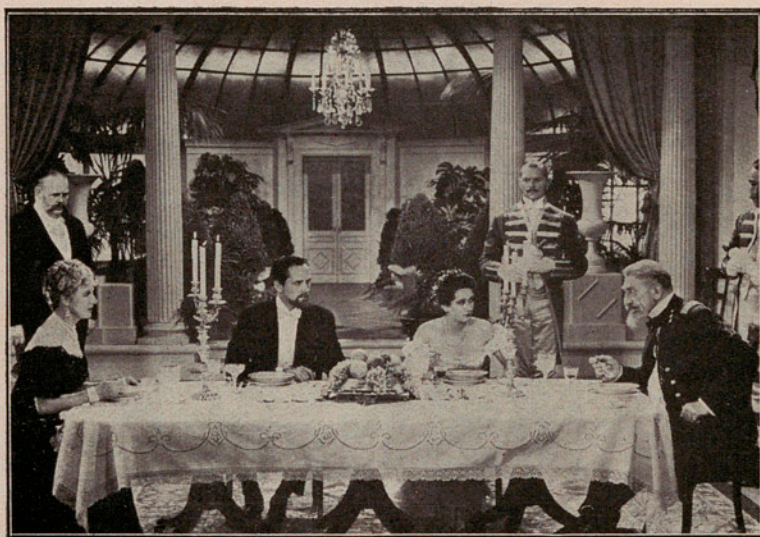
Katusha se acercó a los hierros pensando quién podría acordarse de ella, la más abandonada de todas las mujeres.



—Katusha, quiero reparar en algo el mal que te he hecho...



—¿Qué me pasa?... Algo horrible, espantoso, torturador...



—Creo que exageráis vuestra culpa, amigo mío. Si no hubierais sido vos habría sido otro cualquiera.



—No, Dimitri, no es sólo tu conciencia la que te dicta estas palabras... Tú amas a esa mujer...



—No, así no; así, amigo mío—dijo Dimitri dándole la mano y estrechándosela con efusión.



...con sus sacos al hombro, guardados por los feroces casacos que se cebaban en ellos haciéndoles caminar a latigazos...



Cogidos de la mano, confundidos entre aquel grupo de miserables, marcharon camino de Siberia que para ellos era el camino de una nueva vida...

V I V A M O S D E N U E V O

nitri tomó con perversa caricia.

Ya no se resistió más Katusha. Fué toda, enteramente toda de Dimitri. Sus ojos, su cuerpo, su corazón decían al unísono "soy tuya". Y se dió a él en toda la pureza de su alma y de su cuerpo, en toda la ingenua franqueza de su espíritu pueril, acostumbrado a obedecer, acostumbrado a someterse siempre. Katusha se sometió por placer, por deseo y sobre todo y ante todo, por amor.

Cuando se separaron Katusha estaba pálida y temblorosa y marchó a su habitación, tratando de explicarse la trascendencia que pudiera tener el hecho que acababa de realizarse.

Dimitri subió a su cuarto, diciéndose:

—¿Qué ha sido esto? ¿Ha sido un gran placer o una gran desgracia? ¡Bah, ni una cosa ni otra! Ha sido lo de siempre. Ha sido lo que todo el mundo hubiera hecho si hubiera estado en mi lugar.

Y tranquilizada su conciencia con aquellas palabras llenas de egoísmo y de crueldad, se durmió tranquilamente.

A la mañana siguiente se levantó

más temprano de lo que había pensado, se vistió y bajó al comedor.

Petrovna estaba arreglando las flores en un gran vaso y el criado comenzaba a hacer la limpieza de cada día. Nadie esperaba al príncipe a aquella hora. Sus tías dormían aún y Petrovna había dejado que Katusha durmiera también, porque sabía que la noche la había pasado casi toda en vela.

—¡Dimitri Ivanovitch! — exclamó Petrovna apresurándose a inclinarse delante de su dueño—. Nadie le esperaba tan temprano.

—Pavlovna, tengo que marcharme inmediatamente — dijo Dimitri con acento serio y reconcentrado—. Diles a mis tías que... que olvidé que tenía que partir muy temprano para reunirme a mis compañeros. No puedo quedarme a desayunar con ellas.

—¡Oh, cuánto van a sentir no verle!—dijo la buena mujer.

—No puedo detenerme más, Pavlovna — repitió Dimitri con la mirada fija en el vacío, sin atreverse a cruzarla noblemente con aquella mujer—. ¡Ah, toma, dale eso a Katusha! Dile que es de mi parte —añadió poniendo en la mano de Pavlovna un sobre cerrado.

—Adiós, alteza, que el Señor le guarde.

—Adiós, Pavlovna—dijo Dimitri montando a caballo y partiendo a galope.

El galope del caballo despertó sobresaltada a Katusha. Escuchó, miró el reloj, se convenció de que todavía era muy temprano y de que no podía ser él el que marchaba, y volvió a hundir la cabeza en la almohada. Pero fué sólo por un instante, porque la voz de Pavlovna la hizo incorporarse en el lecho de nuevo:

—¡Katusha, Katusha, despierta! Eso es para ti. Me lo ha dado Dimitri Ivanovitch para ti.

—¿Dimitri Ivanovitch? — preguntó Katusha tomando el sobre en las manos y sin acertar a comprender.

—Sí, Dimitri Ivanovitch.

—¿Se ha ido ya? — preguntó Katusha sin acertar a romper aquel sobre misterioso, mientras miraba a Pavlovna que ya se encaminaba de nuevo fuera de la habitación.

—Se ha ido. Dijo que tenía que partir—explicó la mujer, dejando sola a Katusha para que pudiera leer tranquilamente la carta.

Katusha abrió el sobre y sacó de

él un billete de mil rublos. Lo miró y lo remiró sin acertar a explicarse aquello, sin querer creer lo que aquello significaba, pero convencida del insulto soez y perverso que el billete representaba para ella, para ella que se había dado por amor y que nada más pedía amor a cambio del suyo, se cubrió el rostro con las manos después de haber arrojado al suelo aquello que le quemaba los dedos y sollozó desesperadamente:

—¡Oh, no, no, no... eso no... eso no!

Y mientras la niña lloraba el fin de un romance que en su imaginación había sido tan bello, Dimitri galopaba por el camino del bosque hasta encontrarse con el compañero que debía haberlo ido a buscar a casa de sus tías.

—¿Qué ha pasado, Dimitri, cómo tan madrugador? Yo pensé que debía ir a buscarte hasta tu casa.

—Sí, pero he pensado que así era mejor—murmuró Dimitri atormentado aún levemente por el recuerdo de su felonía.

—¡Ah, comprendo! ¡Muy bien hecho! ¡Es la mejor forma de terminarlo!

—¿De terminar qué? — pregun-

tó Dimitri que sentía halagado su amor propio con las suposiciones de su amigo.

—¿De qué? Tú sabes mejor que yo a lo que me refiero. ¿Es muy hermosa esa Katusha? ¿Y muy condescendiente? ¡Ja, ja, ja! Así se deben terminar siempre todas esas historias... ¡Besar y largarse para siempre!

—¡Ah!—murmuró Dimitri como si en aquel momento comprendiera las bromas de su amigo, coreando sus carcajadas y poniendo a su caballo al galope para huír lo más pronto posible de la idea que le atormentaba.

PRIMAVERA FLORIDA, VERANO FECUNDO

La Pascua de Resurrección estaba ya lejos. La vida seguía igual en la propiedad magnífica de las princesas María y Sonia. Tras la primavera florida, prometedora de sabrosos frutos, el verano se anunciaba ubérrimo. En los árboles los frutos hacían inclinar las ramas con su peso; en los viñedos comenzaban ya a tomar color las uvas que se hinchaban en una espléndida fecun-

didad; y la fecundidad del verano se hacía sentir también en los animales y en los hombres.

La vaca había dado a luz un ternero precioso, orgullo de la granja y en el aprisco las ovejas habían multiplicado el rebaño con la dádiva de su fecundidad.

Katusha atendía a todos los quehaceres, arrullada por un canto de esperanza que había venido a mitigar el dolor causado por el insulto que Dimitri le había hecho. Ella cuidaba de los animales y hoy, en este día caluroso de agosto, estaba en el corral vendando la pata a una pequeña ovejita que ella criaba porque su madre había muerto y el animalito había quedado sin sostén.

—¡Katusha, Katusha!—gritó la voz de Pavlovna—. ¿Dónde te has metido?

—Estoy aquí, en el corral—contestó la muchacha mientras abrazaba a la ovejita que daba pequeños balidos de júbilo al sentirse así acariciada.

—¿Qué haces? — preguntó Pavlovna llegando hasta ella.

—Ya ve. Curando a esta oveja. Se ha herido y su madre ha muerto. Si no la cuido yo se morirá ella también.

—Katusha—dijo Pavlovna en tono confidencial—, las princesas van a venir aquí. Quieren hablar contigo. Creo que saben...

—Lo han de saber un día u otro. Cuanto antes mejor—dijo Katusha aceptando como cosa irremediable lo que el destino había dispuesto de ella.

—¿Qué piensas hacer?

—¿Qué puedo hacer?... Mañana viene Dimitri. Hablaré con él. El me ayudará.

—Katusha... ¡ojalá llegue mañana Dimitri Ivanovitch! — exclamó Pavlovna entristecida—. Pero no es cosa segura aun. Has de estar decidida a todo.

En aquel momento llegaron las dos princesas. Traían el rostro severo, pero era una severidad que era como una máscara puesta a su emoción. Habían hablado mucho del caso y les había costado mucho dar el paso que iban a dar. Estimaban a Katusha, pero no podían dejar que aquella criatura siguiera en su casa.

—Katusha—dijo María en tono severo—, queremos hablar contigo a solas.

—Sí, altezas — murmuró Katusha poniéndose en pie y dejando en

el suelo a la ovejita que lanzó un quejido de angustia.

—Siento mucho tener que hablarte de eso, Katusha, porque tú sabes que te queremos. Tenía la esperanza de equivocarme, pero ahora ya no nos podemos llamar a engaño. Tu estado salta a la vista.

—Sí, altezas—contestó Katusha bajando la cabeza con humildad, como ante algo irreparable.

—Cuando una muchacha se atreve a hacer una cosa así, debe saber ya cuáles son las consecuencias y ha de estar dispuesta a todo.

—Estoy dispuesta, alteza.

—Como tú comprenderás no puedes seguir en nuestra casa que es una casa honrada. Antón, el mayordomo, te pagará tres meses anticipados y será mejor que salgas de aquí inmediatamente.

—¿Inmediatamente? — preguntó Katusha que había esperado hasta entonces que las princesas le ofrecieran un poco de protección.

—Inmediatamente — replicó la princesa María, implacable.

—Pero, hermana—intervino Sonia que era más piadosa y que amaba de veras a Katusha—, podríamos dar algún tiempo a Katusha para que...

—No, es mejor terminar en seguida. Sería vergonzoso para ella y violento para nosotras que siguiera en esta casa. Puedes irte hoy mismo, Katusha.

Katusha no contestó. Sentía un nudo en su garganta y una honda tristeza en su alma, pero no podía llorar ni podía quejarse. Ella lo había querido y tenía que sufrir las consecuencias de su hora de amor. Aun confiaba en Dimitri. Aun le quedaba la última esperanza. Al día siguiente tenía que llegar él. Le hablaría, le suplicaría. Al fin era su hijo y no le podría negar ayuda para el pobre ser indefenso que llevaba en sus entrañas.

Katusha fué a su habitación para recoger su escaso equipaje. Pavlovna la esperaba con ansia.

—¿Qué te han dicho?—le preguntó.

—Que debo marcharme. Que me marche hoy mismo, ahora mismo—contestó Katusha con una voz sin inflexiones, triste y amodorrada, como si no alcanzara aún a comprender todo lo hondo de su pena.

—Katusha... ya sabes que yo seré siempre una buena amiga... no quisiera hacerte daño, pero he hablado con Antón y me ha dicho que

Dimitri Ivanovitch no viene mañana. Pasa de largo, porque ha de reunirse a su compañía en seguida. Han cambiado las órdenes. Pasará en el tren y el tren sólo para en nuestra estación dos minutos.

—¡Oh! — exclamó Katusha cubriéndose el rostro con las manos, pero sin poder llorar.

—Ya sabía que iba a dolerte, pero tenía que decírtelo para que no te hicieras ilusiones.

—Pavlovna, yo necesito verle, necesito hablarle... ¡Oh, sí, quiero decirle lo que me pasa! Cuando él lo sepa me ayudará, Pavlovna, me ayudará. Yo sé que Dimitri no puede dejarme en estos momentos. Yo sé que me ayudará.

Katusha cogió su ropa y salió de aquella casa que había sido la suya toda la vida y que pensó que nunca tendría que dejar.

Las princesas la vieron partir con pena, pero no tuvieron para ella ni una palabra de consuelo.

—¿No has pensado alguna vez—dijo Sonia—, que... que pudiera ser Dimitri el que... vamos, el que engañó a Katusha?

María se quedó un rato pensativa, como si reflexionara en aquellas palabras a las que no dió una

negativa rotunda, porque también a ella le había asaltado la misma idea muchas veces desde que supo el estado en que Katusha se encontraba, pero respondió fríamente, con el pensamiento puesto sólo en la prosapia de su estirpe:

—Sonia, Dimitri es de nuestra misma sangre y tenemos que protegerle. Suponte que lo que tú temes sea verdad. No podemos obligarle a que se case con una plebeya. Suponte que Dimitri volviera y se encontrara con eso. ¿Te gustaría verle casado con una criada, con una sierva, con una muchacha hija de esclavos? ¡No, Dimitri no puede tener nada que ver con eso! Y ni nosotras mismas tenemos el derecho a pensar en esas locuras. Déjala que se marche y que nuestro sobrino siga su brillante carrera y se case más adelante con una mujer de su estirpe y de su categoría social.

Aquello hacía quedar en silencio la voz de sus conciencias. Metidas en la idea de la sangre y de la prosapia, las princesas consideraban que mayor crimen hubiera sido obligar a Dimitri Ivanovitch a reparar una falta de la que él solo era el culpable que dejar abandonada a un cruel destino a aquella

criatura indefensa que no tenía más protección que la de ellas, protección que le negaban porque su amor había fructificado, como habían fructificado los árboles acariciados por el soplo de la primavera y como habían fructificado todos los animalitos de Dios a los que sólo su instinto guiaba, su instinto sabio y recto del que no tenían que avergonzarse, porque era ley de la vida y de la naturaleza, como tenían que avergonzarse los pobres seres humanos a los que la fortuna no había favorecido poniéndoles a merced de los ambiciosos, de los que por su poder y su dominio se creían con derecho a pisotearles, a escarnecerles y a hacerles morir de hambre y de dolor, negándoles el auxilio que no se niega ni al último de los animales del campo.

Al día siguiente Katusha corrió a la estación a la hora en que el tren tenía que pasar. Iba con la esperanza de verle, de hablarle y de pedirle su ayuda. Iba con la esperanza de encontrar en el padre del hijo que había de nacer un poco de piedad, si no para ella, para el pequeño ser que sentía ya palpar y vivir de su misma vida.

Era noche cerrada y la lluvia

caía despiadadamente haciendo aún más oscura la noche y más frío el ambiente. Katusha iba envuelta en una capa negra, pero el agua se filtraba por ella y le hacía sentir calofríos en todo su cuerpo atormentado y angustioso.

Esperó pacientemente. Sabía que el tren estaría en la estación sólo dos minutos, pero en aquellos dos minutos se sentía ella bastante fuerte para convencer a Dimitri Ivanovitch.

Su rostro estaba pálido como el de una muerta. El frío atería sus miembros entumecidos por la humedad y por la inacción. Permanecía en pie, estática, con la mirada fija en aquel punto del horizonte por donde el tren tenía que llegar. Permanecía con el corazón oprimido, pensando en la posibilidad de que él no llegara, de que no pudiera hablarle, de que no pudiera contarle la trágica situación en que se encontraba. Katusha sabía que si Dimitri conocía su estado no la dejaría abandonada, pero tenía miedo de no poder verle en aquellos dos minutos.

Cuando se escuchó a lo lejos el silbido del tren el corazón de Katusha aceleró su marcha y cuando

el convoy se detuvo en la pequeña estación, la infeliz criatura corrió de un vagón a otro buscando al príncipe Dimitri entre aquella multitud de soldadesca que la embromaba y le decía palabras obscenas, creyéndola una buscona. Katusha no oía aquellas palabras. Corría en todas direcciones mirando al interior de los coches, poniéndose de puntitas para atisbar por los cristales de las ventanillas. El convoy era largo, interminable, había que precipitarse si quería dar una ojeada a todos los departamentos. Los soldados la llamaban y se burlaban de ella, pero ella iba derecha a su fin, sin darse cuenta de nada, con la angustia pintada en su rostro y los ojos agrandados por aquella misma inquietud.

Por fin le vió. Estaba en un departamento con otros amigos, jugando a cartas, bebiendo, fumando y riendo con una alegría y una inconsciencia que hizo daño a Katusha. La ventanilla estaba cerrada. La mano de la niña golpeó un momento el cristal, pero el tren se ponía en marcha y el silbido de la locomotora y el ruido de los frenos y el crujido de las ruedas, apagaron

el ruido del golpe débil que ella había dado con mano temblorosa.

—¡Dimitri Ivanovitch! ¡Dimitri Ivanovitch! — gritó, pero su voz opaca se perdió en el tumulto de voces, risas y cantos de los soldados que le decían adiós desde las ventanas y las puertas de los coches, en tanto el tren corría lejos, lejos, llevándose la última esperanza de la chiquilla desventurada.

Katusha corrió al lado del convoy hasta que éste partió a mayor velocidad y la dejó allí, sola en medio de la obscuridad y de la lluvia, como a un pobre ser al que la vida se empeñara en arrebatarse hasta el último brote de cariño o de compasión. Quedó allí, mirando la diminuta luz que se iba haciendo cada vez más pequeña, más pequeña hasta perderse totalmente en la sombra y entonces se apoderó de ella un desfallecimiento que no se pudo explicar, sintió que le faltaban las fuerzas y cayó al suelo desvanecida, sobre el barro negro y bajo la lluvia que la iba cubriendo y empapando como si quisiera lavarla de su culpa y de su dolor.

* * *

Katusha tuvo a su hijo, pero ha-

bían sido demasiado hondas las penalidades sufridas por aquella pobre criatura para poner en el mundo un ser fuerte y robusto. El chiquillo era una cosita débil, enclenque, que apenas tenía fuerza para llorar y que cuando abría los ojitos parecía un pájaro hambriento. Katusha miraba aquello que era suyo, aquel pedacito de carne enferma y flaca y sentía un enorme dolor en el corazón.

Por esto, cuando dos semanas después el niño dejó de existir, apagándose como una lucecita a la que le falta aceite, apagándose suavemente, dulcemente, como si tuviera sueño, mucho sueño y quisiera dormirse para no despertar más, Katusha no lloró. Había llorado demasiado, había sufrido demasiado para desear que aquella pobre criatura nacida de una hora de amor y que tendría que enfrentarse con la vida sin tener otro apoyo que el suyo—¡pobre apoyo que apenas tenía fuerza para sostenerse él mismo!—siguiera viviendo la vida precaria y triste del pobre, del desvalido, del esclavo.

Pavlovna, que iba a ver a Katusha sin que sus amas lo supieran, la ayudó a amortajar al niño y la

acompañó al cementerio. En la aldea nadie quiso encargarse de enterrar al hijo del pecado. En aquellas pequeñas aldeas nada se perdonaba. Además, el niño no había sido bautizado, porque Katusha se encerró en un mutismo feroz y heroico cuando le preguntaron por el nombre del padre. No quería decir que era el príncipe. Nadie la hubiera creído. Y no quería hacer ningún daño a Dimitri al que seguía amando en su soledad y en su abandono, porque Dimitri era el único hombre al que ella había amado y al único que seguiría queriendo siempre, siempre, siempre.

En una cajita blanca llevaba Katusha a su hijito. Llevaba la caja con cuidado, temiendo despertar a aquel ser que ya no sufría, enviando la paz en que estaba el niño, al que había contemplado largo tiempo antes de encerrarle en la caja que le había de guardar para siempre.

Las dos mujeres, cubiertas con amplias capas negras, se encaminaron al cementerio cuando la noche cerró, para no ser vistas por nadie. Ya por la mañana habían cavado una fosa pequeña a la orilla del cercado y habían plantado una cruz

hecha con maderos toscos. Ahora iban a dejar allí a la criaturita y Katusha no se daba cuenta exacta de toda su desgracia ni de toda su tristeza.

Se arrodillaron junto a la fosa y entre las dos colocaron en ella la cajita blanca. Katusha lo hacía todo automáticamente, como si no comprendiera lo que aquello significaba, como si fuera incapaz de sentir y de llorar y miraba la cajita con amor de madre, como si estuviera aún asomada sobre la cuna de su hijo, velándole el sueño. Pavlovna cogió la pala y echó sobre la fosa la primera paletada de tierra. Aquello hizo despertar a Katusha, aquello le hizo comprender todo el horror y la tristeza de la muerte y, echándose en el suelo desesperadamente, desconsoladamente, lloró con toda su amargura sobre el pequeño féretro que guardaba los restos queridos de su hijo.

OLVIDOS Y RECUERDOS

Dimitri Ivanovitch ya no es el muchacho alegre y decidido, estudiante de la Academia Militar, vehementemente y enamorado, aturdido y

llo de ideas románticas de igualdad y de libertad. Ya no es tampoco el teniente fanfarrón y decidido acostumbrado a todas las audacias y a todos los triunfos. Siete años han caído sobre él y ahora es el hombre que va a entrar en la madurez de la vida y que piensa en crearse una situación, una familia, algo que establezca su existencia loca y errante.

Dimitri Ivanovitch se va a casar. Es ella una gentil dama de la alta aristocracia de Moscú, bonita y frívola, elegante y despreocupada. Hija del fiscal Missy tiene en Moscú la alta estima que el cargo de su padre le dispensa. Missy es bella y está enamorada de Dimitri, del hombre que la ha pedido en matrimonio y al que le ha sido otorgada su mano por noble, por gentil y por su título de príncipe que hace olvidar por completo las turbulencias de su vida pasada. Dimitri es ahora, o quiere serlo, un hombre formal. Se ha dejado crecer la barba, que lleva cortada en punta, muy cuidada y muy sedosa. Pero sigue siendo, en el fondo, el hombre alocado, el bebedor incorregible, el mujeriego y el amante de las grandes bacanales y de los placeres fá-

ciles. Sólo quiere darse aires de hombre serio. Sólo quiere casarse porque es lo que todo el mundo hace, porque Missy es bella y no podrá obtenerla más que por la vía legal, porque necesita crearse una familia que le haga respetable, familia a la que podrá abandonar de vez en cuando, como hacen todos sus compañeros, para ir a divertirse con las mujeres alegres que en Moscú, más que en cualquier otra ciudad, abundan acaso en demasía.

Dimitri Ivanovitch ha pedido hoy la mano de Missy. Se ha dado en casa del fiscal Kortchagin un gran banquete de esponsales al que han asistido las más altas representaciones de la sociedad moscovita. El comedor está brillante, brillante el salón de baile por el que se mueven las parejas vestidas con la clásica elegancia de la época. Dimitri ha bebido demasiado en la comida y ahora, las vueltas de vals que está dando llevando en sus brazos a Missy, le producen un mareo extraño hasta el punto que tiene que desprenderse de ella y detenerse un momento.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué dejamos de bailar? — le pregunta Missy mirándole con sus ojos brillantes

en los que las libaciones han puesto también luces nuevas.

—Missy, quiero estar solo contigo. Creo que ya me lo puedo permitir como futuro marido tuyo, ¿no es verdad? El bullicio de la sala me mareaba, querida; vamos a beber una copa de champán, tengo mucha sed.

Salieron del salón de baile y fueron al comedor, donde habían abierto un bufet permanente. Dimitri bebió otra vez y otra vez y reía a carcajadas mirando a su novia que respondía a sus risas y que coreaba sus libaciones.

—Tengo que reñirte, Missy, estoy muy enfadado contigo—le dijo acariciándole la mejilla para desmentir con sus acciones sus palabras.

—¿Por qué?

—Porque no has dejado de mirarme en toda la noche y la gente creerá que te casas enamorada de mí. Esto no es elegante.

—Volvamos al salón, Dimitri, y te prometo no mirarte más en toda la noche—contestó ella riendo y siguiendo la broma de su novio.

—No, no, al salón no, está tu padre y yo no puedo sufrir al señor fiscal.

—Vamos, no seas duro con papá.

El te quiere. Claro que te ha sermoneado mucho por tus aventuras que son conocidas de todos, pero te quiere. Anda, vamos.

Dimitri se dejó convencer. El fiscal estaba sentado ante una mesa de juego y cuando vio llegar al príncipe Dimitri le dijo:

—No olvidéis, Dimitri, que mañana a las nueve actuáis en la sala del Tribunal como jurado. La vista empezará con puntualidad y no me gustaría que os retrasarais.

—Príncipe Kortchagin, no he sido jurado nunca y no quisiera serlo tampoco mañana. No me gusta juzgar a los otros, me basta con juzgarme a mí mismo.

—Os he dicho que mañana tenéis que estar a las nueve en punto en la sala del tribunal. Eso os hará bien, Dimitri; siendo jurado podéis ya consideraros como un juez en embrión. Y un juez puede juzgar a los otros severamente... y hacer él lo que mejor le plazca. Creedme, Dimitri, el cargo de juez es el mejor cargo que hay en nuestra sociedad.

Dimitri tuvo que ceder. A la mañana siguiente, a la hora indicada, vestido de negro, como correspondía a su cargo de jurado, fué a la

sala donde tenía que juzgarse a no sabía qué infelices acusados de quién sabe qué cosa. Dimitri no estaba enterado en absoluto de todo aquello.

Constituído el tribunal presidido por su futuro suegro, se hizo entrar a los procesados. Dimitri apenas les miró. Eran un hombre y dos mujeres, los tres miserablemente vestidos, los tres de aspecto criminal, los tres con caras de degenerados. Dimitri pensó que a toda la canalla aquella en lugar de juzgarla se la debía ahorcar aunque no hubieran cometido más delito que el de nacer pobres. Y después de pensar esta gran sentencia cruzó los brazos y desviando la vista de aquellos tres seres que le causaban repugnancia, la fijó en el tribunal que iba ricamente vestido con brillantes uniformes.

Dimitri escuchó con indiferencia las preguntas y respuestas hechas por el tribunal y por los acusados. Se interrogó primero al hombre, que se llamaba Simón y que parecía idiota por las respuestas que daba. Se le preguntó su nombre, su religión, su profesión y luego la parte que había tomado en el crimen de Smielkov, un rico comerciante al

que habían robado todo su dinero. Simón Kartinkin respondió a todo titubeando y negó rotundamente su participación en el crimen, cosa que Dimitri encontró muy natural, pensando que era una puerilidad preguntarlo a los que se creía culpables. Luego el príncipe Kortchagin hizo las mismas preguntas a la mujer que estaba a la derecha de Kartinkin. Esta, más avisada que el hombre, contestó de un tirón a todo cuanto sabía de antemano le iban a preguntar:

—Me llamo Eufemia Botchkova, soy campesina, profeso la religión ortodoxa, soy criada de servicio en la taberna de Anastasia y no he sido procesada anteriormente. Conozco el motivo que me ha traído aquí y de qué se me acusa.

Y dichas estas palabras se volvió a sentar como si se hubiera descargado de un gran peso, teniendo los brazos siempre cruzados sobre el pecho, como es costumbre de las gentes del campo.

Entonces tocó el turno a la tercera acusada. Se puso en pie cuando se lo ordenaron. Era una mujer joven y bella, con una belleza provocativa y descocada que miró al Tribunal como si quisiera congraciarse

con él y atraérselo con una de sus encantadoras sonrisas.

—¿Su nombre?—preguntó Kortchagin apartando de la acusada su vista para que no se dijera que se dejaba seducir por una bella.

—Lubov — contestó la acusada con voz clara y serena.

—¿Cómo? ¿Cómo es eso? En el atestado no figuráis con el nombre de Lubov. ¿Cuál es vuestro verdadero nombre, vuestro nombre de pila?

—Antes me llamaba Katusha Maslova — replicó la voz clara y serena de la mujer.

Dimitri Ivanovitch, que estaba recostado en el respaldo de la silla, se incorporó como si le hubiera picado una víbora al escuchar aquel nombre y clavó sus ojos, sus grandes ojos oscuros, en las facciones de la mujer que tenía ante él. ¡Imposible! ¡Katusha! ¡Katusha! ¡Katusha! ¡Imposible! Dimitri la miraba y se decía que era imposible, pero estaba seguro de que era ella, de que era aquella muchachita ingenua y buena, dulce y amorosa que él había seducido bárbaramente en una noche de locura y a la que luego había abandonado y olvidado rápidamente. Sí, era ella, era ella

misma. Había cambiado mucho, pero era la misma Katusha de entonces. Lo reconocía en sus facciones, en sus ojos apasionados y brillantes, en su boca carnosa y fresca a la que el tiempo no había marchitado aún, lo conocía en ese algo misterioso que caracteriza todas las fisonomías y que está hecho, más que de los rasgos materiales, del reflejo del espíritu. Era ella, era su misma voz, era su misma mirada sumisa y tentadora, era su misma figura bella aún bajo su traje de procesada, miserable y sucio.

Dimitri se pasó la mano por los ojos como si quisiera apartar de su cerebro aquella visión y, temiendo que sus compañeros de jurado descubrieran en él su emoción, volvió a recostarse en el respaldo de la silla, cerrando los ojos para no verla y abriéndolos de nuevo para contemplarla y seguir pensando en aquella Katusha a la que él un día amó.

—¿En qué os ocupáis? — preguntaba en aquel momento el presidente del Tribunal.

—En... Estaba en la casa de Anastasia—dijo Katusha sonriendo con una sonrisa velada y misteriosa.

—Bien, sí, ¿pero qué hacíais en ella?—insistió el presidente.

—¡Oh, bien lo sabéis!—replicó Katusha haciendo un gesto harto expresivo que hizo reír a toda la sala, mientras un sentimiento extraño, impreciso, de repulsión y de sufrimiento, invadió el corazón de Dimitri.

—¡Silencio! — ordenó el presidente—. Acusada Maslova, contad todo lo que sepáis de la muerte de Smielkov.

—Pues... cuando Smielkov llegó a la casa de Anastasia estaba ya muy bebido, muy bebido, no había medio de calmarle. Kartinkin me llamó a mí porque sabía que yo era la predilecta de Smielkov, pero no pude tampoco calmarle... se puso pesadísimo... no sé si comprenden lo que quiero decir. Entonces supliqué a Eufemia y a Simón que me ayudaran a tranquilizarle. Fué entonces cuando me dieron unos polvos diciéndome que era un narcótico y que no tenía más que echarlo en el vaso de brandy de Smielkov para que se calmara en seguida. Yo lo hice así.

—¿Confesáis, pues, haber echado en el brandy que iba a beber

Smielkov los polvos que le dieron la muerte?

—¡Oh, sí, sí, así fué, como lo cuento!—dijo Katusha con ingenua insistencia, como persona que está muy segura de su inocencia y a la que no le importa explicar los hechos tal como han sido—. Pero yo creí que sólo se dormiría y me dejaría en paz. Simón y Eufemia me dijeron que eran unos polvos para hacerle dormir y yo me lo creí. No quería hacer ningún daño a Smielkov que siempre se mostraba muy generoso conmigo. ¡Cómo iba yo a envenenar a aquel hombre! ¡Jamás pensé en una cosa así!

—Sentaos, acusada Maslova, el jurado va a deliberar.

Katusha se recogió con una gracia particular la falda y se sentó, escondiendo en seguida sus manos en las amplias mangas de su capote y allí se quedó con la expresión extraña que impresionaba a Dimitri, con aquella expresión en la que había algo de trágico y de terrible y que Dimitri no quería ver porque le atormentaba el corazón. Pero aquella tortura era como una lluvia benéfica que limpiara su alma de toda la inmundicia que en ella se había almacenado en aquellos

siete años de olvido y la hiciera despertar a los recuerdos vivos y punzantes haciendo que aquel mismo dolor avivara en él los sentimientos que creyó muertos y que ahora revivían más pujantes y más bellos que nunca.

El extraordinario azar que le colocaba frente a frente de Katusha cuando más olvidado de ella estaba, hacía operar en su ánimo un cambio favorable y le obligaba a juzgar con dureza su propio egoísmo, su crueldad, la bajeza de los sentimientos que un día le impulsaron a perder a aquella mujer que, sin la funesta intervención que él tuvo en su vida, hubiera sido una dama honesta y respetada y acaso una madre de familia feliz. ¡Y con ese peso en la conciencia había podido Dimitri vivir siete años tranquilo, ajeno a la desdicha que él había labrado, sin sentir ni el menor remordimiento morderle el corazón! Era llegada la hora de las rehabilitaciones. Dimitri sentía que algo debía hacer por aquella mujer y, aunque no quería que nadie pudiera descubrir la parte que él había tomado en aquella vida deshecha, estaba dispuesto a salvar a Katusha de una

acusación que creía completamente falsa.

Defendió ante el jurado la inocencia de Katusha, la defendió con fuerza y con energía y con entusiasmo. El jurado escuchaba sus palabras y se dejó conmovir, aparte de algunos que se mostraban contrarios a creer en la inocencia de una mujer cuya vida era tan turbulenta.

—Hemos de ponernos de acuerdo, porque si no vamos a llegar a la noche sin haber resuelto nada—dijeron algunos que comenzaban a impacientarse por la larga deliberación.

—La acusada Maslova es inocente del crimen que se la imputa y nuestro informe debe ser redactado en este sentido.

—Disiento de su opinión, Dimitri Ivanovitch, pero para no prolongar más esta sesión, redactaremos el informe en la siguiente forma: "Katusha Maslova es culpable de haber echado los polvos en el vaso de Smielkov, pero no tenía ánimo de robar". Así queda probada la inocencia de la muchacha.

Dimitri, que jamás había tomado parte en ninguna vista y que no sabía nada de leyes, encontró acerta-

do el informe y creyó que con eso cumplía ya un deber imperioso de su conciencia.

Cuando el presidente del Tribunal leyó el informe del jurado, dijo a su vecino de presidencia:

—Esos hombres son unos estúpidos. En lugar de poner “sin ánimo de matar”, han puesto “sin ánimo de robar”, lo que demuestra que Maslova, a la que creo inocente, tuvo intención de matar a Smielkov. ¡Bah, no perderemos gran cosa si la mandamos a Siberia!

Y se puso a leer en voz alta el veredicto y la sentencia dictada por el tribunal, ateniéndose al veredicto del Jurado:

—Considerando a los acusados Kartinkin y Botchkova culpables de haber robado al comerciante Smielkov; considerando a la acusada culpable de haber dado los polvos mortíferos al referido Smielkov, “sin ánimo de robar”, decretamos que los campesinos Simón Kartinkin y Eufemia Botchkova sean condenados a trabajos forzados en Siberia por cinco años y la llamada Katusha Maslova, conforme a la decisión del jurado y a las leyes del país en sus artículos tantos y tantos y tantos del Código Penal, será

mandada a Siberia a trabajar en las minas durante seis años. La vista queda terminada.

Dimitri miró con terror al presidente del Tribunal. El creía que iba a absolver a Katusha después del veredicto en el que había puesto tanto entusiasmo para defenderla y para que nada le pasara. No comprendía aquello. Se levantó y salió de la sala para no oír los gritos de Katusha que proclamaba su inocencia.

—¡No soy culpable de nada! ¡No soy culpable! ¡Yo no lo maté! ¡Yo no sabía que aquellos polvos fueran veneno! ¡Me dijeron que era un narcótico! ¡Yo no lo maté!

Katusha fué llevada a viva fuerza a los calabozos, donde esperaba las semanas que faltaban para partir a Siberia, toda la banda de condenados. Sus compañeras de prisión, que estaban casi seguras de que Maslova sería absuelta, la recibieron con grandes muestras de sorpresa:

—¡Cómo! ¿Otra vez aquí? ¿Qué te ha pasado?

—¿Qué es lo que ha ocurrido, Katusha?

Katusha se sentó al borde de la cama, se quitó el paletó que cubría

su bata de presidiaria, se pasó una mano por la frente apartando hacia atrás su pelo de oro, aquel pelo espléndido, crujiente y sedoso que seguía siendo su mejor gala, y contestó con la voz apagada, con aquella voz inexpresiva y trágica que se le ponía en los momentos álgidos de dolor y desesperación.

—Me han condenado a seis años en las minas de Siberia.

—¡Canallas! ¡Ellos son los que tendrían que ir! Condenan a los inocentes. Y todo porque eres pobre. Si te hubieras podido pagar a un buen abogado él te hubiera sacado libre, aunque hubieras sido culpable. Pero eres pobre y los poderosos te pisotean como a una cucaracha. Hay abogados que por un puñado de dinero echan a la calle al criminal más empedernido cuando aún lleva las manos llenas de sangre. Y tú, tú que no has hecho nada, tienes que ir a Siberia. ¡Canallas!

—Dame vodka — pidió Katusha con la voz ronca.

Bebió de la misma botella un trago muy largo. Dió un suspiro, se secó los labios con la manga y murmuró:

—Ahora eso va mejor.

—Vamos, cuenta lo que pasó— insistieron las presas, ansiosas de conocer la verdad.

Katusha sonrió con aquella sonrisa que guardaba aún un resto del candor de su juventud y dijo:

—Pensé que me iban a absolver, porque les gusté mucho a los señores del jurado y al Tribunal. ¡Cómo me miraban! Bueno, ya sabéis cómo me miraban... pero me condenaron. No lo entiendo. Soy inocente y se me condena.

—Si te hubieras arreglado con alguno de ellos antes del juicio, hubieras logrado algo. No hay que ser tonta. A los hombres no les gusta comprometerse en público. Aunque les hayas gustado allí, no podían decírtelo.

—¡La comida, la comida!—gritaron otras presas que estaban más lejos, viendo entrar a los guardias acompañando al preso que repartía el rancho entre las detenidas.

—¿Qué nos dan hoy?... Seguramente no será pollo. A los cerdos les dan mejor comida que a nosotras.

—No os quejéis, no os quejéis. Aquí aun podéis comer; esperad a que os manden a Siberia.

—¡Calla!—dijo una, dando un

codazo al preso—. No digas nada, que hoy la han condenado a ella—añadió mostrando de un gesto a Katusha que permanecía sentada al borde de la cama, con la mirada fija en el suelo y la mente llena de vagos recuerdos.

—¿De qué te acusaban? — preguntó el procesado que era un hombre alto, delgado, de grandes barbas negras y ojos intensamente azules, de apóstol o de asceta.

—De envenenar y robar a un hombre. ¡Pero yo no soy culpable! —respondió Katusha levantando los ojos y fijándolos en el que la interrogaba.

—Lo eres de ser pobre... como lo somos todos... ese es nuestro crimen... eso basta para que se nos condene y se nos mande a presidio —murmuró el hombre alzando la voz a fin de que todas pudieran oírle—. No hay dinero... pues no hay libertad. Los poderosos nos tienen puesto el pie sobre el cuello y pueden aplastarnos en cualquier momento, como aplastan a un animal inmundado. No somos libres porque somos pobres.

—¡Silencio, Simonson, silencio! —suplicó una de las presas temiendo que aquellas palabras de rebel-

día fueran oídas por los soldados.

—¡Simonson! — exclamó Katusha mirando fijamente al hombre—. ¿Os llamáis Simonson? ¿Habéis escrito algún libro?

—Varios libros.

—Un libro... un libro que se llamaba... "Tierra y... no me acuerdo... "Tierra"...

—... y Libertad"—concluyó Simonson—. Sí, lo escribí yo hace mucho tiempo. ¿Lo has leído?

—No, pero me lo explicaron hace mucho, mucho tiempo—murmuró Katusha sintiendo renacer en ella toda su pasada vida, toda su juventud, todos sus ensueños que el destino se había encargado de tronchar bárbaramente—. ¿Por qué estás condenado? — preguntó queriendo huír de la visión interior que el nombre de Simonson había despertado.

—Por escribir, por decir la verdad, por exponer mis ideas en favor de los pobres. El hablar es pecado en nuestro país. ¡Es un crimen! Si osáis levantar la voz contra la injusticia, también os mandan a Siberia. Tienen miedo de la palabra, porque la palabra puede un día convertirse en acción, porque la palabra es la que va forman-

do la conciencia de las multitudes que pueden volverse airadas contra ellos. Tienen miedo de que los humildes se vuelvan poderosos y por eso nos obligan a callar encerrándonos en calabozos, mandándonos a Siberia o colgándonos de un árbol.

—¡Eh, Simonson, basta de ideas revolucionarias! — gritó uno de los soldados cogiéndole del brazo y llevándosele lejos.

—¿Quién te habló del libro de ese hombre? — preguntó a Katusha una de sus compañeras.

—Otro hombre, hace ya mucho, mucho tiempo. Es un libro en el que dice que todos somos iguales, que la tierra es para todos, que no hay diferencia entre los humanos, porque todos somos hijos de Dios... ¡Y yo me lo creí!—dijo riendo Katusha, riendo con una risa que hacía daño—. Me lo creí y por creerlo comencé el camino que me ha traído aquí.

EL REMORDIMIENTO

Dimitri Ivanovitch no comprendía por qué habían condenado a Katusha después de haber el jura-

do sentenciado su inocencia. Dimitri, que ya creyó cumplido su deber con la intervención que había tomado en la discusión del jurado, sentía ahora más aguda la lanza del remordimiento que le atormentaba bárbaramente. Y pensó que acaso hablando con el juez, con su futuro suegro, podría obtener una revocación de la sentencia.

—Príncipe Kortchagin — le dijo—. Ha debido haber un error en la sentencia de acusación de esa pobre Maslova. Tengo la seguridad de que es inocente y así lo han comprendido todos los señores del jurado. Se acordó culpar a la Maslova de haber dado los polvos a Smielkov, pero se acordó también hacer constar que se los había dado sin ánimo de matarle ni de robarle. ¿Por qué, pues, se la condena?

—Mi querido Dimitri, el Tribunal no puede nunca equivocarse... También yo estoy seguro de que Katusha Maslova es inocente del crimen que se le imputa, pero el veredicto del jurado está mal redactado y dice escuetamente que "le dió los polvos sin ánimo de robarle", lo que viene a confirmar que se los dió con el ánimo de matarle.

—Pero, excelencia, si estáis con-

vencido de que Maslova es inocente no podéis condenarla.

—Mis convicciones no cuentan ante el veredicto de un jurado, al que debo atenerme. No es culpa mía que no hayáis sabido redactarlo.

—Ni culpa nuestra no saber todos los vericuetos de la ley. No somos abogados. Príncipe Kortchagin, debéis revocar el fallo, debéis anular la sentencia, debéis supervisar la acusación.

—No se hará nada de todo eso. No puedo revocar una sentencia ya dictada. Es inútil cuanto me pidáis.

—¡Pero no se puede condenar a una inocente! —clamó Dimitri con indignación.

—Mi querido Dimitri —dijo Kortchagin queriendo poner fin a un asunto enojoso—. Si queréis discutir esto dejémoslo para esta noche. Cenaréis en casa y tendremos tiempo sobrado para hablar de ello. No comprendo vuestro empeño en defender a esa mujerzuela que, si no ha cometido este crimen, debe tener otros muchos pecadillos sobre su conciencia.

Dimitri salió descorazonado de aquella entrevista. El príncipe era un hombre sin entrañas y sin con-

ciencia. ¿Pero acaso no había sido él mismo un hombre sin entrañas y sin conciencia durante siete años? Dimitri no tuvo valor para acusar a su futuro suegro. Ahora sólo era capaz de ver su propia maldad y la sina en que había caído. Ahora sólo quería su regeneración, salvarse de la tortura de aquel remordimiento, hacer algo que le devolviera la paz consigo mismo. Y marchó a la cárcel decidido a hablar con Katusha, a implorar su perdón, a decirle que haría cuanto estuviera en su mano para salvarla. Si ella le perdonaba, la mitad de su culpa habría desaparecido.

El oficial de prisiones le recibió de mal talante.

—¿Qué queréis? —le preguntó sin levantarse de la silla, mirando con desprecio al que venía a molestarle.

—Quisiera hablar con una procesada: con Katusha Maslova.

—¿Con esa?... No sé si será posible... no creo que podáis verla. ¿Cómo os llamáis?

—Soy el príncipe Dimitri Ivanovitch —dijo con sencillez y humildad como si quisiera ahora hacerse perdonar su alta estirpe que sólo le

había servido para cometer insensateces.

El oficial se puso en pie como movido por un resorte, se llevó la mano a la gorra, se inclinó profundamente y replicó presto:

—Alteza, inmediatamente hablará con la acusada. Vlasof le acompañará hasta el locutorio. Vlasof, acompaña a su alteza al locutorio.

El locutorio era una amplia pieza más ancha que larga, dividida en dos por un pasillo en el que los guardias vigilaban la visita a los detenidos. Se agrupaban éstos de un lado, tras las gruesas barras de hierro a las que se cogían desesperadamente. Se agrupaban del otro lado los visitantes, queriendo hablar con sus deudos o amigos y era tal el vocerío, tan grande el alboroto que armaban aquellas gentes para oírse unos a otros, que era imposible entender ni una palabra de lo que allí se decía. Todos hablaban a un tiempo, todos querían ser escuchados y oídos y para lograrlo levantaban cada vez más la voz, consiguiendo tan sólo dificultar más y más la inteligencia entre unos y otros. Dimitri sintió repugnancia y dolor al presenciar aquel cuadro. Así era cómo se despedían de aque-

llos que eran mandados a Siberia, así era cómo tenían que hablar con la esposa, o con la madre, o con los hijos; los que habían caído en desgracia y estaban tras los hierros de la prisión. Así es cómo él tendría que hablar con Katusha, con aquella Katusha con la que había hablado en la más absoluta, en la más completa de las soledades.

—¡Maslova! ¡Maslova!... ¡Maslova!... —gritaba la voz del guardián que acompañaba a Dimitri.

Escuchó su nombre Katusha y se acercó a los hierros, pensando en quién podría ser el que la llamara a ella, la más abandonada y olvidada de todas las mujeres.

—¿Me buscáis a mí? —preguntó gritando con todas sus fuerzas.

Dimitri se puso intensamente pálido al verla. La emoción no le dejaba hablar. Hubiera querido poder tenerla a su lado muy cerca y poder arrodillarse a sus pies y poder pedirle perdón. Sólo pudo decirle:

—Katusha, ¿no me conoces? ¿No te acuerdas de mí?

—¿Qué dices? ¡No te oigo!—gritó Katusha que no le había reconocido y que no podía entender las palabras que le decía.

—¿No me conoces, Katusha?— volvió a preguntar Dimitri alzando más la voz.

Era inútil, no podían entenderse; la algarabía que armaban todas aquellas voces apagaba las suyas e imposibilitaba en absoluto una conversación. Dimitri sintió una oleada de amargura subirle a la garganta.

—Esto es ridículo — dijo, volviéndose al guardia—. Necesito hablar con la procesada y aquí no podemos entendernos.

—Por su alteza se hará una excepción—dijo el oficial inclinándose ante el príncipe con servilismo. —Llevaremos a la presa a las oficinas y allí podrán hablar con tranquilidad.

—Gracias — replicó secamente Dimitri, siguiendo a aquel hombre que le condujo a una sala vacía y le rogó que aguardara allí.

Katusha siguió, a su vez, al carcelero que había ido a buscarla, sin sospechar quién era el que tanta insistencia ponía en hablar con ella. Llegó hasta las oficinas con sus manos escondidas en las amplias mangas de su capote de prisionera y en la cabeza el pañuelo anudado bajo la barbilla. Estaba hermosa aun con

aquellos harapos, hermosa a pesar del paso de los años y de las penalidades sufridas.

—Sólo se conceden cinco minutos—dijo el carcelero introduciendo a Katusha en la sala donde Dimitri aguardaba.

—Está bien, gracias — contestó éste y esperando a que la puerta se cerrara tras el guardián, se adelantó unos pasos hasta Katusha y le preguntó:

—¿No me conoces, Katusha?

Le miró ella con ojos inexpresivos, le miró con una mirada en la que se adivinaba que ningún recuerdo despertaba en su mente la fisonomía. Pero Katusha, pensando que acaso fuera uno de sus innumerables visitantes en la taberna de Anastasia, replicó, sonriendo con aquella estudiada sonrisa de provocación:

—¡Oh, sí, sí, claro que sí que le conozco! Es usted el caballero que iba a verme con mucha frecuencia, pero he olvidado vuestro nombre... ¡Tengo mala memoria!

Dimitri sintió que una oleada de amargura le subía a la garganta y haciendo un esfuerzo para no estallar en sollozos, dijo con la voz un poco insegura:

—No, Katusha, no... soy Dimitri Ivanovitch, Dimitri Ivanovitch. ¿No te acuerdas de mí?

—¡Dimitri Ivanovitch! — exclamó Katusha recordando en un momento todo su pasado.

—Sí, soy yo. Era del jurado. Oí pronunciar tu nombre y en seguida te reconocí. Quise salvarte, proclamé tu inocencia, todos estaban conformes conmigo. No comprendo por qué te condenan. Ha sido una terrible equivocación que yo estoy dispuesto a subsanar y eso es lo que te he venido a decir. Te sacaremos de aquí. No irás a Siberia. No te has de preocupar de nada.

—¡Dimitri Ivanovitch! — volvió a decir Katusha para la que todas las palabras pronunciadas por él carecían de sentido.

—Sí, soy yo, Katusha. ¿Pero cómo has llegado a eso? ¿Por qué dejaste la casa de mis tías?

Katusha se había repuesto de su primera emoción. Miró con desdén al hombre que había causado su desgracia y que era el único culpable de la situación en que ella se encontraba y replicó con una acerba ironía:

—¡Oh! ¿Quién se va a quedar a una criada con un hijo?

—¡Un hijo! ¿Un hijo? ¿Dónde está? ¿Qué has hecho de él?—preguntó Dimitri con angustia.

—Murió. Entonces me trasladé a Moscú a buscar trabajo.

—¿Por qué no me dijiste lo del niño?

—¿Dónde podía ir a buscarte? ¡Oh! Y serás capaz de recriminarme. Vete, vete de aquí. ¿Por qué has venido a buscarme? ¿No me has hecho todavía bastante daño que te gozas queriendo hacerme sufrir más?

—Katusha, yo ignoraba todo eso. Katusha...

—¡Déjame! ¿Para qué atormentarme de nuevo? ¿Para qué hacerme recordar un pasado que ya no tiene remedio? ¡Yo había ya olvidado!... ¡Para mí ya todo estaba muerto!...

—Katusha, quiero reparar en algo el mal que te he hecho, quiero remediar tu situación, quiero ayudarte en esta circunstancia ya que no pude ayudarte entonces...

—¡No, nada quiero de vos!—dijo Katusha con fiereza levantando con orgullo su cabecita rubia—. ¡Nada podéis hacer por mí! Sí, podéis hacer una cosa, una única co-

sa que apetezco: podéis dejarme en paz.

—Katusha... perdóname, déjame que repare en algo mi mal, déjame que te dé...

—¿Darme? ¿Qué es lo que me quieres dar? ¿Dinero? ¿Quieres darme dinero, como aquella vez?... ¿Crees que todo se puede arreglar con dinero? ¡Oh, no, no! —gritó ella desesperada, riendo con una risa histérica que dió miedo a Dimitri—. ¿Vais a repartir vuestro dinero con los pobres? ¿Vais a hacer de todos los hombres hermanos?... ¿Seguís creyendo que somos todos iguales, que la tierra es de todos, que el aire y el agua son unos para todos los hombres? No, no, el aire inmundo de esta cárcel que produce náuseas y ahoga, es el nuestro, el de los pobres, el de los desheredados, el de los parias. El de ahí fuera es el vuestro, el de los poderosos... id a respirarlo... no me quitéis lo que me pertenece. Dejados a nosotros este aire infecto que no nos merecemos, pero con el que nos obsequiáis a mí y a los que un día fueron vuestros amigos. ¿Os acordáis de Simonson y de su teorías que tanto os entusiasmaban? Pues bien, Simonson también está aquí,

por predicar el amor entre los hombres, por predicar la igualdad, por predicar la libertad de los oprimidos y de los débiles.

—Katusha — murmuró Dimitri vencido por aquellas palabras que le llegaban al alma, convencido de que Katusha tenía razón y que él no era digno de estar al lado de aquella mártir, de aquella mujer cuyos males él había provocado—. Katusha, yo te prometo hacer cuanto pueda para salvarte, aunque tú no quieras. Merezco todo cuanto me dices; tienes razón. Pero estoy dispuesto a enmendar lo hecho hasta allí donde mis fuerzas puedan enmendarlo. Quiero...

Katusha dió unos pasos hacia la puerta dispuesta a salir, no queriendo escuchar más las palabras de aquel hombre que le hacían daño.

—Tienes razón, Katusha, comprendo cuánto debes sufrir. Perdóname. Volveré otra vez.

—No, no quiero que vuelvas. Lo único que te pido es que me dejes en paz. ¿Es que ni siquiera esto me vas a conceder? No quiero volver a verte. ¡Todo se acabó! ¡Te había olvidado y no quiero recordarte ja-

más! Déjame. Todo está muerto en mi corazón.

Y sin añadir palabra salió altiva y serena de aquella habitación, sin volver la cabeza, sin querer ver de nuevo al hombre que había causado todas sus desdichas.

Cuando entró en la celda sus compañeras de prisión se precipitaron a ella. Estaban intrigadas por la visita que Katusha había tenido y que comprendían había de ser de algún personaje muy importante a juzgar por la deferencia de que habían gozado.

—¡Por fin estás de vuelta! —le dijo una de ellas—. ¿Quién era ese señor que ha venido a verte?

Katusha miró a la que la interrogaba con una mirada extraña, dolida, desesperada, y echándose de bruces sobre el lecho rompió a llorar con todo el desconsuelo de su alma, con un llanto en el que se fundían todas las penas pasadas desde el día aquel tan lejano y tan presente en que se había dado con todo el candor de su alma y de su cuerpo al príncipe Dimitri Ivanovitch.

—¿Qué te pasa? ¿Qué te pasa, Katusha? — le preguntó la misma que antes le había hablado, asusta-

da por aquella explosión de dolor.

—¿Qué me pasa? ¡Algo horrible, espantoso, torturador! Vuelvo a la vida y yo no quiero vivir. Había matado mi corazón y me lo han vuelto a resucitar y yo no quiero, no quiero sentir de nuevo sus torturas. Vivir es recordar... y yo no quiero recordar. No quiero, no quiero, no quiero — lloraba Katusha repitiendo aquella frase que era la prueba más evidente de que en su corazón no había muerto todo y que había bastado la presencia de Dimitri para que todo el amor que por él sintiera un día despertara más pujante y más ardoroso que nunca en el espíritu de aquella pobre criatura manchada por todos los vicios y por todas las podredumbres.

CAMINO DE LA REGENERACION

Dimitri no cejaba en su empeño. La injusticia cometida con Katusha por el Tribunal debía ser reparada y él era el destinado a hacer revocar aquella sentencia. Sólo lográndolo alcanzaría acaso tranquilizar a su conciencia y conseguir

una paz que ahora no tenía ni podría tener mientras supiera a Katusha en aquel estado.

Cenó aquella misma noche en casa de su suegro y fué él el que comenzó de nuevo la conversación sobre Katusha, sobre la Maslova, como la llamaba para no darle en público el nombre familiar y dulce que hoy le hacía daño al pronunciarlo.

—Amigo mío, no se empeñe en quererme convencer—decía el príncipe Kortchagin dirigiéndose a Dimitri después de haber escuchado las palabras de defensa que éste había pronunciado en favor de Katusha—. Y debo advertirle que si intenta revocar la sentencia en casación, yo me opondré con todas mis fuerzas.

—¿Por qué? ¿Acaso no es una cosa justa?

—Acaso sea justa, pero nunca se me ha revocado una sentencia y no voy a consentir que esto suceda... Siempre he dictado mis sentencias con estricto arreglo a la letra de la ley. No me he apartado jamás de los artículos del Código penal y en ellos me he apoyado siempre. Lo mismo he hecho en el caso de la

Maslova. No puedo permitir que me hagáis quedar mal, Dimitri.

—Pero yo tampoco puedo permitir que por amor propio, por orgullo, por una injusta y falsa concepción de la conciencia, dejéis ir a Siberia a una criatura inocente.

—¡Oh, Dimitri, cualquiera diría que este asunto te afecta personalmente!—exclamó Missy mirando a su novio con amor y queriendo llevar la conversación, que prometía convertirse en áspera disputa, por otro terreno—. Pones tal calor en defender a esa mujer, que al fin y al cabo es una cualquiera, que puedes hacer levantar sospechas.

—¡Ja, ja, ja! —rió el príncipe Kortchagin—. Eso mismo me dijo ayer un colega cuando Dimitri defendió con tanto calor ante el jurado a esa mujerzuela... ¿Para qué preocuparse tanto de una mujerzuela de esa clase?

—¡Una mujer de esa clase!—dijo Dimitri con acento convencido y con calor—. No comprendo por qué se ha de despreciar tanto a una mujer "de esa clase". Y el hombre, ¿qué se dirá del hombre que la ha llevado a ese extremo? ¿Por qué se culpa sólo a la mujer y al hombre se le deja libre y se le tiene en alta

estima y consideración? ¿Por qué? ¿Acaso es menor su culpa?

—¡Oh, amigo mío, Kartinkin fué también condenado! —exclamó el príncipe sin querer entender las palabras pronunciadas por Dimitri.

—No, no, me refiero al hombre que fué culpable de la prostitución de Katusha. A ese que es el verdadero culpable de que ella haya llegado al extremo a que ha llegado—dijo Dimitri valientemente, comprendiendo que había llegado la hora de la rehabilitación y que sólo hundiéndose en el barro en el que había hundido a Katusha podría él regenerarse.

—¡Oh, Dimitri, qué extrañas ideas tiene usted metidas en el cerebro! El hombre no es nunca culpable de esas cosas... y nada podría hacerse contra él, porque es difícil poder probar la participación que en ellas pueda tener. Claro que si se supiera quién fué se le podría señalar con el dedo y decir: ahí va un canalla.

—Pues bien —dijo Dimitri poniéndose un poco pálido—, podéis hacerlo. Ese canalla soy yo...

—¡Dimitri!—exclamó Missy dolida de aquellas palabras.

—Sí, Katusha era criada en ca-

sa de mis tías—explicó Dimitri que sentía la necesidad de aquella confesión—. Yo era entonces muy joven y me enamoré de ella... pero cuando la deshonré no la amaba como la había amado en un principio. Y luego la olvidé con facilidad, creyendo que nada malo había hecho. Hoy, ante el Tribunal, al verla acusada, al verla hundida, al verla reducida a la condición a que mi conducta la obligó a reducirse, he sentido todo el peso del remordimiento.

—Dimitri—interrumpió su novia queriendo hacer un esfuerzo para no dar crédito a las palabras del hombre que iba a ser su marido—, encuentro de muy mal gusto hacer alarde de tus conquistas de juventud delante de tu futura esposa.

—No hago alarde; confieso sólo mi culpa, porque me parece que al confesarla me alivio un tanto de ella—dijo Dimitri con voz sombría.

—Creo que exageráis vuestra culpa, amigo mío —dijo Kortchagin—. Si no hubierais sido vos habría sido otro cualquiera. Además, después de lo pasado ya poco podíais hacer por ella.

—¿Poco?... ¡No! Podía y debía haberme casado con ella.

—¡Casarte con una criada! ¡Qué locura!—exclamó sinceramente horrorizada la aristocrática señora de Kortchagin.

—¿Por qué no? Si hubiera sido de mi clase me hubieran obligado a casarme con ella o me hubieran echado de Moscú a latigazos.

—Sí, pero hay distintas clases en el mundo... los servidores y los que son servidos. No podéis tratarlos a todos igual. Los que son servidos tienen el derecho supremo sobre los servidores y los servidores no podrán nunca igualar a los que son servidos.

—Así he pensado y he vivido durante estos años—murmuró Dimitri—. Pero hoy me pregunto cuál es nuestro privilegio, qué hemos hecho para poder comer en vajilla de oro mientras ellos se mueren de hambre, por qué hemos de ser servidos por gentes que son mejor que nosotros, que valen más que nosotros, que son, por lo menos, iguales a nosotros.

—¿Por qué mejores que nosotros? —preguntó Kortchagin extrañado.

—Porque sirven, porque son humildes y saben obedecer, porque saben soportar resignadamente todas

nuestras maldades y todas nuestras injusticias. Día llegará en que todo eso tenga fin.

—¡Dios santo, se ha vuelto socialista!—exclamó Missy riendo, con la intención siempre de echar por el camino de la frivolidad una conversación que para Dimitri tenía toda la trascendencia de una resolución irrevocable—. Es capaz de hacerme limpiar a mí la plata en cuanto estemos casados.

—Si te permite tener plata—añadió su padre que también quería dar un tono alegre a la conversación—. Un buen socialista no puede tener nada, debe repartirlo todo entre los pobres y ser pobre como ellos.

—Alguna vez pensé en todo eso, alguna vez creí que éste era el único camino que podía seguir la humanidad.

—¡Bah, ideales locos de una juventud exaltada!

—No, realidades prácticas que hoy veo con más claridad que entonces. Era entonces cuando estaba en lo cierto; era entonces cuando veía la vida con toda la belleza noble y enaltecida del bien. Entonces creía en algo ideal y puro. Luego la vida pasó sobre mí y ahora

no soy nada, no valgo nada. Ninguno de nosotros vale nada. Somos podredumbre y miseria. Somos unos pobres muñecos a los que la muchedumbre acabará por destruirnos, como seres inservibles e inútiles. Nosotros estamos ahitos y las gentes se mueren de hambre... Eso no puede seguir así mucho tiempo. Los que tienen hambre se saciarán en nosotros.

Dimitri se levantó, miró con una mirada de repugnancia a todas las riquezas aquellas que le rodeaban y salió de la casa de sus suegros dispuesto a hacer algo que le regenerara no sólo a sus propios ojos, sino a los ojos de sus semejantes.

Primero se ocupó de Katusha, de su libertad, de la revocación de la sentencia dictada tan injustamente. Sus andanzas por todos los Ministerios, sus visitas a los más altos representantes de la justicia y de la corte, su súplica de equidad no encontraron eco en parte alguna. Unos se reían de él; otros le decían que si la hubieran conocido a ella... otros, en fin, se escudaban en la dignidad del cargo e invocaban todos los artículos de la Constitución y del Código para formular una negativa rotunda.

Dimitri comprendió todavía más la miseria, la verdadera miseria que era el cáncer que estaba destruyendo a aquella sociedad que era la suya; la miseria moral, la miseria del sentimiento embotado por todos los vicios y todas las bajas pasiones.

El quería huir de todo aquello. Quería sentirse libre del peso que le oprimía la conciencia y el corazón. Quería hacer algo grande y noble que bastara por sí sólo a hacerse perdonar de todas sus culpas y de todos sus extravíos. Se arrojó ante una divina imagen e imploró con todo el fervor de un alma que despierta de pronto a las creencias largo tiempo olvidadas:

—Dios todopoderoso, dadme valor, dadme fuerzas para llevar a cabo la decisión que he tomado... Han sido muchos mis yerros... tenéis mucho que perdonarme. Dadme fuerzas para no caer, valor para no desfallecer. Veo el camino que vos me señaláis con vuestra divina luz, dadme la mano para seguir por él rectamente, valientemente, sin congojas ni vanos temores. Señor, tened piedad de mí.

Cuando hubo terminado aquella plegaria que le reconfortó, marchó

de nuevo a la cárcel en donde Katusha estaba encerrada.

—¿Cuándo mandáis los presos a Siberia? — preguntó al oficial.

—Dentro de dos semanas, alteza.

—Está bien. Quiero hablar de nuevo a la Maslova.

—Alteza, aguardad en la antecámara que en seguida os la vamos a traer.

Dimitri esperó a Katusha. Su corazón palpitaba con fuerza. Sabía que la muchacha le recibiría mal, porque nada había podido hacer por ella. Pero estaba dispuesto a soportarlo todo con tal de reparar el mal hecho.

—¿Por qué habéis vuelto? — dijo Katusha al entrar, enfrentándose con él y mostrándose muy dura para ocultar la emoción de su alma—. Os dije que nada quería de vos; pobre y hambrienta, condenada y abandonada de todos, jamás aceptaré vuestra protección. Sólo quiero que me dejéis en paz y esto me lo negáis, como me habéis negado todo el bien que os he pedido.

—Katusha, perdóname; sólo he venido a decirte que no puedo salvarte, que no quieren escucharme, que nadie atiende a mis razona-

mientos. He vuelto para pedirte tu perdón. Si tú no me perdonas yo no podré vivir jamás tranquilo.

—¿Perdonar yo?—preguntó ella con acento irónico—. No tengo nada que perdonar. Me enseñasteis a vivir. Luego lo olvidé todo, todo... Ya os dije que en mi corazón no quedaba nada de mi pasado.

—No, Katusha, no ha terminado todo. He pensado mucho en ti y he pensado mucho en el mal que un día te hice. Hoy sé lo que debo hacer; hoy sé que debo reparar aquel daño, no con palabras, sino con obras. Katusha, quiero casarme contigo.

Katusha tuvo un sobresalto. Miró a Dimitri con los ojos brillantes, con un brillo de júbilo que hacía mucho tiempo no había asomado a ellos, pero se reprimió en el acto y dijo con aquel acento lleno de ironía con el que hablaba a Dimitri:

—¡Casaros vos! ¿Vos, un príncipe, casaros conmigo? ¿Por qué?

—Porque si aun me queda alma quiero salvarla—murmuró Dimitri con acento de profunda melancolía.

—Porque debo hacer cuanto pueda por...

—¡Por salvar vuestra alma! — exclamó Katusha mientras en sus

ojos se reflejaba una honda decepción—. ¡Salvar vuestra alma valiéndoos de mí! ¡Me dais asco, Dimitri Ivanovitch! ¡Vos y vuestra alma repugnante y negra me repugnan, ¿lo oís? y no quiero nada, nada que venga de vos! Prefiero ahorcarme que casarme con vos; prefiero morir en Siberia que ser vuestra esposa. ¡Ja, ja, ja!—rió con una risa cruel—. ¿No os suenan raras estas palabras? ¡Vuestra esposa!...

—Katusha, ten compasión de mí, accede a lo que te pido.

—¿La tuvisteis vos de mí?

—Katusha, aun nos queda por delante toda una vida. Somos jóvenes, podemos resucitar de ese pasado que a los dos nos atormenta.

—¡Resucitar! No, los muertos no pueden volver a alzarse... y yo hace muchos años que estoy muerta. ¿Volver a vivir? ¡Jamás! Ni vos ni yo podemos vivir de nuevo.

—Katusha, Katusha, todas tus crueldades las tengo bien merecidas, las acepto como el más doloroso de todos los castigos que tendré que sufrir para expiar mis culpas. Pero te cases conmigo o no yo juro que te he de ayudar.

—¡Oh, vuestra insistencia me molesta!—dijo Katusha apartando

de él la vista y queriendo dominar la emoción sincera que se iba apoderando de ella—. ¿No comprendéis que me estáis molestando? Nada quiero de vos... Volved a vuestra vida de regalo... iros a echar en brazos de vuestras princesas, de esas mujeres en las que habéis encontrado felicidad bastante para olvidar a una humilde criada que os amaba con toda su alma. Id con ellas. Vivid de nuevo la vida de bacanales y de orgías que ha sido la vuestra hasta ahora. Aquí no tenéis nada que hacer.

La voz de Katusha se rompió en un sollozo. Dimitri la tomó en sus brazos y le dijo con infinita dulzura:

—Katusha, mi vida eres tú. Perdóname.

—¿Por qué has vuelto?—dijo la infeliz llorando desoladamente sobre el pecho del hombre amado—. Aprendí a vivir sin ti y aprendí a vivir sin felicidad. Ahora vienes y me dices cosas que despiertan en mí todos los ecos dormidos... otra vez vuelvo a sentir y sentir es sufrir para mí. ¿Por qué te complaces en atormentarme? Dimitri, hubiera sido mejor no vernos nunca más.

Dimitri la besó con un profundo

respeto, como hubiera besado a una santa imagen y salió de allí decidido a realizar hasta el fin su idea.

EL TRIUNFO DE LA CONCIENCIA

Dimitri explicó a su novia la decisión que le empujaba a romper con ella sus compromisos. Missy no podía comprender bien aquella determinación.

—¿Cómo es posible que me abandones a mí para seguir a una mujer... que ama a cualquiera?

—No eres justa, Missy.

—Tampoco lo eres tú conmigo... Dimitri, estás loco. Tu vida está aquí, a mi lado, entre esta sociedad que es la tuya... gozando de tus bienes: ¿Cómo vas a abandonar todo esto?

—Estoy resuelto, Missy. Repartiré mis tierras entre los labradores. Y mis amigos, cuando yo no estaré aquí, seguirán sorbiendo te y murmurando... mientras el pueblo se muere de hambre.

—Pero, Dimitri, no comprendo, nunca oí decir que un hombre abandonara a una mujer por una idea... Hay algo más que te empuja hacia

esa Maslova, algo que no me quieres confesar.

—Le hice un gran daño y quiero repararlo—dijo Dimitri.

—No, Dimitri, no es sólo tu conciencia la que te dicta estas palabras. Tú amas a esa mujer... lo veo en tus ojos, lo vislumbro en tus palabras. Si la amas nada puedo hacer por retenerte. El amor es más fuerte que todos los ideales y más fuerte que nosotros mismos. Adiós, Dimitri Ivanovitch, que seas muy dichoso con ella.

Por primera vez en su vida Missy sintió que los ojos se le humedecían con lágrimas suaves y dulces que eran también para ella como una regeneración, porque por primera vez sentía hondamente, íntimamente, la grandeza de un alma que le enseñaba a amar.

Dimitri marchó a sus posesiones. Repartió entre los colonos las tierras que le pertenecían a él por derecho de herencia, pero que en realidad eran de aquellas pobres gentes que las trabajaban y las regaban con el sudor de sus frentes y con el dolor de su trabajo para que él gozara del producto dilapidándolo en francachelas locas.

—Pero, alteza, ¿a quién pagare-

mos ahora el alquiler? ¿Quién será nuestro amo?—preguntó el campesino más viejo, en nombre de sus compañeros, porque ninguno de éstos acertaba a explicarse las palabras que el príncipe les había dirigido.

—Ni tendréis amo ni pagaréis alquiler. Las tierras son vuestras para toda la vida y vosotros las podréis legar a vuestros hijos y a los hijos de vuestros hijos.

—¡Oh, alteza, gracias, gracias!—murmuró el aldeano intentando hincar la rodilla en el suelo y besar la mano del príncipe.

—No, así no—dijo Dimitri evitando que el hombre se arrodillara ante él—. Así—añadió dándole la mano y estrechándosela con efusión—. Así, amigo mío.

Todos estos trámites habían tenido alejado a Dimitri Ivanovitch de Moscú durante algunas semanas. El reparto de tierras había sido hecho legalmente y los pasos que le ocupó aquello yendo a casa de notarios y registradores le habían obligado a abandonar a Katusha a la que nada quería decir hasta tener en regla todo el asunto de sus bienes que era como un lastre pesado sobre su conciencia.

Los presos habían sido sacados de la cárcel en la época fijada y, con sus sacos al hombro, guardados por los feroces cosacos que se cebaban en ellos haciéndoles caminar a latigazos, emprendieron la marcha hacia Siberia, aquella marcha que tendría que durar semanas enteras porque eran muchas las versts que tenían que caminar hasta llegar a su punto de destino.

Katusha esperó hasta el último instante la ayuda prometida por Dimitri. Y emprendió el camino de Siberia con una nueva decepción pendida en su alma. ¡Dimitri no había cumplido su promesa!

El camino era largo y penoso. Los presos se movían lentamente, sintiendo como los pies se iban hinchando con el esfuerzo de la marcha y como las fuerzas se iban agotando lentamente, cruelmente, sin que la muerte viniera a traerles el consuelo de su sueño eterno.

Así llegaron hasta la frontera siberiana en donde hicieron un alto. Ya varias veces se habían relevado los soldados que acompañaban a los prisioneros. En la línea fronteriza tenían que relevarse de nuevo y, además, se les concedía, como un último favor, un descanso de algu-

nas horas. Katusha estaba sentada sobre el saco de provisiones y ropa que, como todos los prisioneros, llevaba al hombro durante la marcha. Había enflaquecido en aquellos días y estaba intensamente pálida, con los ojos agrandados por unas ojeras negras que le daban aspecto de cadáver. Su pelo rubio, aquella hermosa mata de pelo que era el mejor adorno de su cuerpo de mujer, asomaba en guedejas descuidadas bajo el pañuelo gris anudado en torno a la cabeza. Estaba como ausente, como idiotizada, como si ya no fuera capaz de hablar ni de sentir, como si todo hubiera muerto en ella definitivamente.

—¿Qué te pasa, Maslova? — le preguntó una de sus compañeras—. No has dicho ni una palabra desde que salimos de Moscú.

Katusha la miró con una mirada inexpresiva y volvió a su ensimismamiento sin contestar nada.

—¡Maslova! ¡Maslova!... ¡Maslova!—gritó la voz de uno de los guardias, llamando desde el interior de la aduana.

—¡Eh, tú, despierta, que te llaman!—le dijo la misma compañera que antes le había hablado.

Se levantó Katusha y se encami-

nó hacia el edificio con un paso automático, llevando sus manos metidas en las bocamangas amplias de su capote de prisionera.

Era Dimitri el que la esperaba, Dimitri que, después de haber realizado todo su capital y de haber roto con todo su pasado, venía a reunirse con ella para siempre.

El rostro de Katusha se iluminó con una sonrisa de júbilo, con una de aquellas sonrisas que conservaban todo el frescor y la dulzura de la juventud.

—¡Dimitri Ivanovitch! ¿Habéis venido? — le preguntó con un candor y una ingenuidad que le recordó a Dimitri a aquella Katusha a la que había encontrado en casa de sus tías hacía mucho, mucho tiempo.

—Sí, Katusha, he venido para estar contigo, para no separarme de ti, ya que he sido incapaz de salvarte. Ya soy igual que tú. No tengo nada. Lo he dado todo a los pobres y he repartido mis tierras entre los campesinos. He abandonado a todos mis amigos y he desertado del ambiente corrompido de mi sociedad. No tengo nada, nada más que las promesas de una vida nueva y ¿cómo podría vivir, Katusha, si tú

no me perdonabas? ¿Cómo se puede vivir sin intentar reparar el mal hecho? Y no sólo quiero reparar el mal que te he hecho a ti directamente, Katusha, porque esto sería para mí un premio; quiero reparar toda la crueldad e injusticia del mundo del que formé parte. Sólo quiero ahora vivir de nuevo... vivir otra vida que me regenere de la pasada... vivir conforme a mi conciencia y a mis ideales de juventud... vivir igual que viven todos mis hermanos, igual que vives tú, Katusha. Vivir con tu perdón y con tu ayuda... y con tu amor.

—¡Oh, Dimitri!—exclamó Katusha inclinando la cabeza sobre el hombro de Dimitri y dándose a él con el alma hasta el punto de que Dimitri la sintió más suya en aquella caricia inocente que la noche aquella pasada en el invernadero.

—Te he perdonado siempre. Pero, ¿quién soy yo para perdonar? No soy digna de que tú vuelvas a querermme, Dimitri.

—¿Que no eres digna? ¡Katusha, todos los que han padecido en la vida son santos! Los que sufren, los que han de soportar las injusticias del mundo, los que son maltratados por el destino, son santos, Katusha,

como tú lo eres, y los santos merecen ser venerados. ¡Yo te venero, Katusha, te venero y te amo!

—Pero... ya no soy aquella Katusha a la que amabas antes, Dimitri. Aquella murió...

—No, Katusha, no; el amor no ha muerto y el amor te regenera como me regenera a mí. Los años pasados no cuentan en nuestras vidas. Han sido años hueros, vacíos, inútiles, porque estuvieron desprovistos de amor. Unicamente el amor puede salvar a los hombres, Katusha, como nos salva a nosotros. Verdad es que no somos los mismos de entonces. Entonces éramos niños inconscientes y ahora la vida ha pasado por nosotros y hemos sufrido mucho... pero ahora sabremos amarnos mejor que entonces, porque ahora sabemos comprender la felicidad que nos da este amor.

—¡Oh, Dimitri, Dimitri, qué bueno es oír pronunciar estas palabras! Me siento otra mujer...

—Es la nueva vida que brota en nosotros, Katusha. Pasarán pronto los seis años de destierro. Yo te sabré evitar muchas penalidades. Puede venir un indulto de allá, de Moscú. Estando juntos pasarán siempre más rápidamente que si nos sepa-

raramos. Katusha, yo voy contigo.

—¡En marcha! ¡En marcha! —
gritó la voz áspera del soldado que
mandaba a la compañía.

Katusha miró con inefable mira-
da de dicha a Dimitri, sonrió feliz,
le dió la mano como si fuera una
niña tímida que necesitara guía pa-
ra marchar por la vida y salieron
los dos a reunirse a la cuadrilla de
condenados. Dimitri cargó sobre su

hombro el saco que estaba destina-
do a Katusha y así, cogidos de la
mano, confundidos entre aquel gru-
po de miserables, de asesinos, de
desesperados, marcharon entre las
brumas del amanecer, camino de
Siberia, que para ellos era el cami-
no de una nueva vida que despun-
taba en sus almas como en el cie-
lo despuntaba la pálida aurora del
frío día invernal.

FIN

¿Ha adquirido usted ya el pri-
mer número de esta nueva
Serie «Pasión», titulado

EL VELO PINTADO

por **Greta Garbo?**

FORMIDABLE EXITO DE
NOBLEZA BATURRA
TERCERA EDICION

Precio: UNA PESETA

¡EDICIONES BISTAGNE publica siempre lo mejor!

E. B.